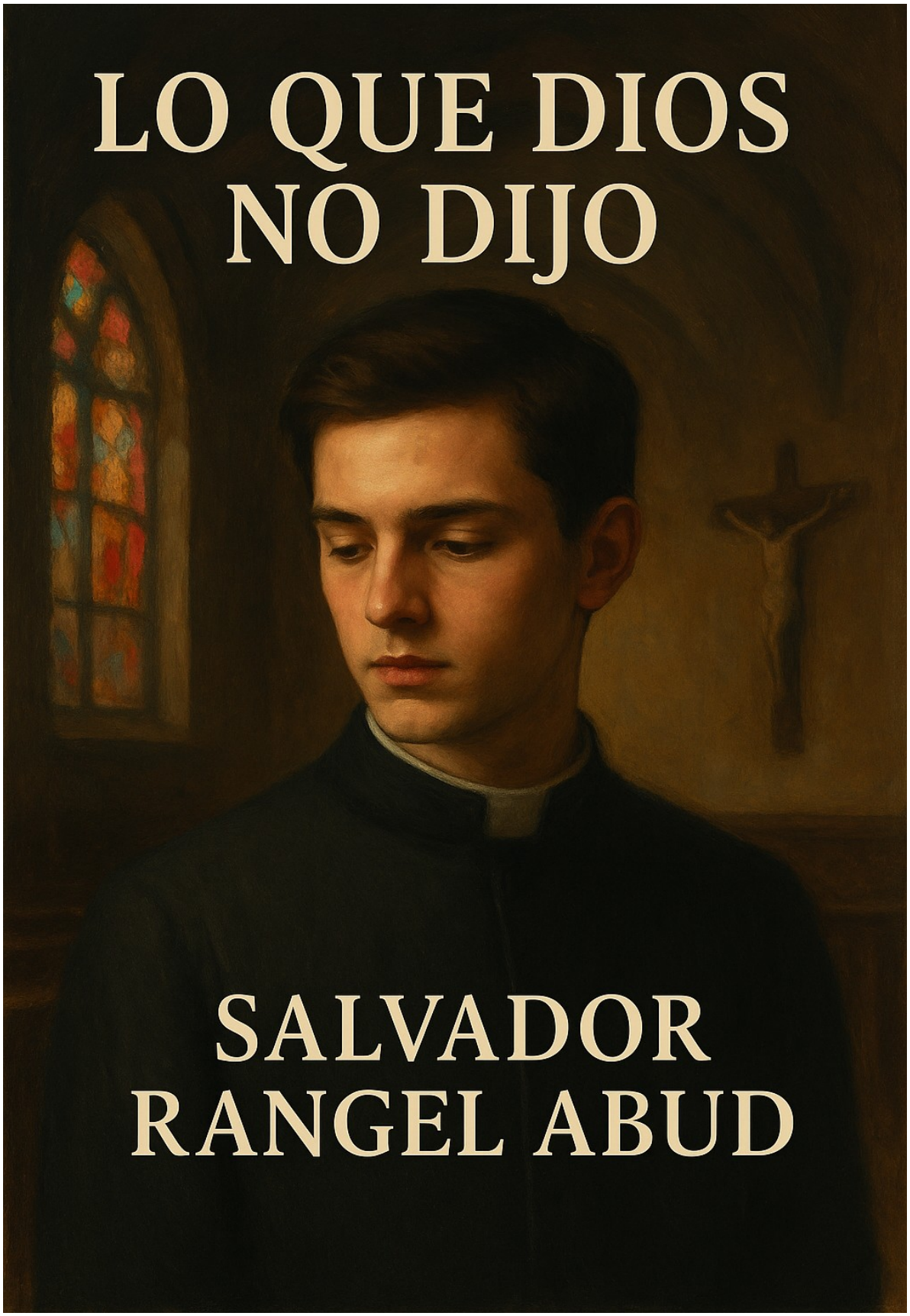
LO QUE DIOS NO DIJO



SALVADOR RANGEL ABUD

LO QUE DIOS NO DIJO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Juan de Dios Sánchez Beistegui nació con un nombre que le marcó el destino antes de que pudiera siquiera entenderlo. Hijo de una madre profundamente devota que interpretó su llegada al mundo como un mandato divino, creció en una casa donde las imágenes religiosas cubrían las paredes y la voluntad de Dios se pronunciaba con la voz de su madre.

Desde niño, todos esperaron que se convirtiera en sacerdote. La comunidad parroquial lo veía como «el niño santo». Su madre organizaba su vida entera alrededor de esa vocación que ella había decidido por él. Y Juan de Dios, obediente y temeroso de defraudar, aceptó ese camino como si no hubiera otro posible.

Pero la adolescencia trajo consigo el despertar del cuerpo, las preguntas que nadie quería responder y la sospecha cada vez más clara de que la voz que todos llamaban «Dios» era, en realidad, la voz de quienes lo amaban y lo presionaban. En el seminario, rodeado de reglas, vigilancia y secretos, Juan de Dios comienza a enfrentar la pregunta más aterradora de su vida: ¿alguna vez fue realmente llamado por Dios, o simplemente nunca se atrevió a decir que no?

Esta es la historia de un hombre joven que debe elegir entre la obediencia que le promete aprobación divina y humana, y la libertad que lo condena a la incertidumbre, al dolor y a la responsabilidad de construir su propia vida. Es una novela sobre la vocación impuesta, la represión institucional, el precio de la honestidad y el acto radical de decidir por uno mismo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En Lo que Dios no dijo su experiencia profesional en instituciones públicas y su conocimiento de los mecanismos de presión institucional le permiten construir una narrativa que es al mismo tiempo autoficción y testimonio social. La novela está basada en experiencias reales de personas cercanas al autor, filtradas a través de la distancia que la ficción permite. No es un ataque a la fe sino un documento sobre lo que ocurre cuando la vocación religiosa es impuesta en lugar de elegida — y del precio que pagan quienes se atreven a cuestionar ese mandato.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Lo que Dios no dijo Autor: Salvador Rangel Abud Género: Autoficción / Narrativa eclesiástica / Novela de formación (Bildungsroman) Extensión: ~21,000 palabras aproximadamente Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo Ambientación: México contemporáneo — contexto urbano, parroquial, seminario Idioma: Español Año de publicación: 2025 Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

NOTA DEL AUTOR

Esta novela está basada en experiencias reales de personas cercanas al autor. Los nombres, situaciones y detalles han sido modificados para respetar la privacidad familiar y proteger identidades. Lo que aquí se narra no es un testimonio literal sino una recreación literaria de una vivencia que merece ser contada.

La novela no pretende ser un ataque a la fe católica ni a quienes la viven con sinceridad. Es, más bien, un testimonio de lo que ocurre cuando la vocación religiosa es impuesta en lugar de elegida — y del precio que pagan quienes se atreven a cuestionar ese mandato.

Se ofrece con respeto hacia quienes han vivido esta experiencia y hacia quienes aún la están viviendo. No fue escrita para atacar sino para acompañar a quienes han caminado por el mismo territorio y necesitan saber que no están solos.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons: Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

seminario · vocación religiosa · crisis de fe · sacerdocio · autoficción · represión sexual · libertad religiosa · Iglesia católica · México · formación religiosa · familia devota · cuestionamiento · decisión personal · coming of age · narrativa eclesiástica · salida del seminario · duda vocacional · presión familiar · identidad · liberación · novela en español

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela opera en el registro de la autoficción testimonial — narrativa basada en experiencias reales filtradas por la distancia que la ficción permite. A lo largo de sus doce capítulos, prólogo y epílogo, Lo que Dios no dijo explora la vocación impuesta versus la vocación elegida — la diferencia entre un llamado auténtico y una vida decidida por otros en nombre de Dios; la maternidad devota como forma de presión — una madre profundamente religiosa cuyo amor se convierte en cadena cuando no permite que su hijo decida por sí mismo; el cuerpo como campo de batalla — la represión sexual en el seminario, el despertar del deseo, la culpa impuesta y la lenta aceptación de la propia humanidad; la institución religiosa y sus mecanismos de control — no un ataque a la fe sino una documentación de la vigilancia, el secreto y el castigo de la honestidad intelectual; y la libertad como acto doloroso — decidir no libera del sufrimiento, lo hace propio: la novela no promete un final feliz sino un final honesto.

CITAS DESTACADAS

"Desde muy temprano, antes de que el sol se atreviera siquiera a insinuar su luz detrás de las colinas, la capilla del antiguo retiro ya estaba sumida en un silencio tan profundo que parecía respirar."

"—Señor, si estás aquí, dime algo. Dime qué hacer. Dime qué quieres de mí. Pero nada se movió. No hubo ráfagas de revelación. Solo respiró el silencio, espeso, absoluto, casi hiriente."

"¿Y si nunca me hablaste? ¿Y si todo esto fue un malentendido?"

"Si tú no dices nada, tendré que decidir yo."

"Elegir es la forma más humana de rezar."

"Sentir no es pecado. Lo que uno hace con lo que siente… eso ya es otra historia. Pero sentir forma parte de estar vivo."

"El amor no llega por mandato divino, hijo. Llega porque uno se rinde a él."

"Elegir no lo había liberado del sufrimiento. Pero lo había hecho libre."

"La libertad no era un triunfo limpio ni glorioso. No era un amanecer sin sombras. Era una herida abierta que uno decidía cargar sin amargura."

"Lo único cierto era que, por fin, había elegido desde su verdad. Y aunque le dolía, ese dolor era suyo."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en Lo que Dios no dijo un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y la honestidad autobiográfica que le son propios.

Graham Greene (El poder y la gloria, El fin del romance): el tratamiento de la duda religiosa y la crisis de fe dentro de contextos católicos donde la institución y la espiritualidad individual entran en conflicto.

Georges Bernanos (Diario de un cura rural): la intimidad de la crisis vocacional narrada desde adentro — el monólogo interior de quien debe decidir si su llamado es auténtico o impuesto.

James Joyce (Retrato del artista adolescente): la narrativa de formación centrada en el rechazo de la vocación religiosa impuesta y la construcción de una identidad propia fuera de la institución.

Tara Westover (Una educación): aunque no ficción, comparte el tema central — liberarse de un mandato familiar/religioso para construir vida propia, con todo el dolor y la culpa que eso implica.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela pertenece al registro de autoficción testimonial donde experiencias reales son filtradas por la distancia narrativa. Es compañera temática de otras obras del autor que exploran presión institucional, decisiones bajo conflicto moral y el precio de la honestidad en contextos donde la obediencia es norma.

ESTRUCTURA NARRATIVA: LO QUE CUENTA CADA CAPÍTULO

La novela está construida cronológicamente pero con lógica temática: cada capítulo examina una etapa específica de la formación (o deformación) vocacional del protagonista.

Prólogo: Juan de Dios — Un joven en retiro espiritual se da cuenta de que Dios nunca le habló. Todo lo que creyó divino era humano. La pregunta central se establece desde el inicio: ¿alguna vez hubo un llamado real, o solo voces ajenas que se hicieron pasar por divinas?

Capítulo 1: La Casa donde se Rezaba — Infancia en una casa convertida en santuario doméstico. La madre devota que interpreta cada aspecto de la vida como signo divino. El peso del nombre «Juan de Dios» como destino impuesto desde la cuna.

Capítulo 2: El Niño Santo y el Niño Real — La parroquia lo señala como «especial». Juan de Dios aprende a representar la santidad que esperan de él. La distancia creciente entre el niño que todos ven y el niño que él siente que es.

Capítulo 3: El Silencio del Padre — La figura paterna: callada, trabajadora, escéptica. Un contrapeso silencioso a la devoción materna. Las pocas conversaciones con el padre son las únicas ventanas de aire en una infancia de presión constante.

Capítulo 4: La Voz de la Madre y la Voz de Dios — ¿Dónde termina el deseo de la madre y dónde empieza la voluntad divina? Juan de Dios no lo sabe. La confusión entre amor maternal y mandato celestial se vuelve insostenible.

Capítulo 5: El Umbral del Seminario — Entrada al seminario. El mundo cerrado de las reglas, la vigilancia, los secretos. La promesa de claridad vocacional que nunca llega.

Capítulo 6: Reglas, Hábitos y Secretos — El despertar del cuerpo. El deseo reprimido. La culpa constante. La adolescencia como campo de batalla entre lo que siente y lo que debe sentir.

Capítulo 7: La Historia que Nunca le Contaron — La Iglesia tiene su propia versión de todo. Nadie menciona lo que realmente ocurre tras los muros. Juan de Dios comienza a ver las grietas en la narrativa oficial.

Capítulo 8: La Vida Posible — ¿Qué vida habría tenido si hubiera podido elegir? La pregunta prohibida. El primer atisbo de que otra vida es posible, aunque aterradora.

Capítulo 9: Guerra Fría Interna — Las tensiones no declaradas dentro del seminario. La vigilancia mutua. El miedo. La vida institucional como sistema de control disfrazado de formación espiritual.

Capítulo 10: La Caída del Padre Esteban — Un maestro honesto es castigado por decir la verdad. Juan de Dios aprende que la institución no tolera la disidencia. El precio de la honestidad intelectual dentro del sistema.

Capítulo 11: Vocación o Libertad — La pregunta final: ¿sigo porque Dios me llama o porque tengo miedo de elegir? La distinción entre obediencia y autenticidad se vuelve imposible de ignorar.

Capítulo 12: La Elección y el Dolor — Juan de Dios decide. No es una decisión fácil ni gloriosa. Es dolorosa. Pero es suya. La libertad no lo libera del sufrimiento — lo hace dueño de él.

Epílogo: El Hombre que Decide — Salida física y espiritual del seminario. No como derrota sino como primer acto auténtico de libertad. El camino hacia adelante es incierto, pero por primera vez le pertenece.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Juan de Dios crece escuchando que su nombre es «signo divino» de un destino trazado. ¿Hasta qué punto los nombres, las expectativas familiares y las narrativas comunitarias determinan las decisiones de una persona? ¿Es posible elegir libremente cuando toda una comunidad ha decidido por ti?

La madre de Juan de Dios no es cruel — es profundamente devota. Su amor es genuino. ¿Cómo se distingue entre amor que nutre y amor que aprisiona? ¿Es suficiente la buena intención cuando el resultado es la anulación de la voluntad del otro?

El Padre Esteban es castigado por su honestidad intelectual dentro del seminario. ¿Qué dice esto sobre las instituciones religiosas que castigan

la duda y la pregunta? ¿Puede haber fe auténtica sin espacio para el cuestionamiento?

Juan de Dios experimenta deseo sexual y culpa en igual medida. ¿Es posible una formación religiosa que no trate al cuerpo como enemigo? ¿Qué costo tiene la represión sistemática del deseo en nombre de la pureza?

El epílogo muestra a Juan de Dios saliendo del seminario — no derrotado sino libre. ¿Es esa salida una traición a Dios o una fidelidad a sí mismo? ¿Cómo se reconcilia la lealtad a la verdad personal con la lealtad a la comunidad que espera obediencia?

La novela está basada en experiencias reales de personas cercanas al autor. ¿Cambia esto la forma en que se lee? ¿Le da mayor peso testimonial o la hace más dolorosa?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). Lo que Dios no dijo. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. Lo que Dios no dijo. Internet Archive, 2025.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Lo que Dios no dijo. Internet Archive, 2025.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento treinta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política, la novela coral carcelaria, el bildungsroman romántico, la comedia de misterio colonial, el thriller arqueológico especulativo, la sátira histórica, la autoficción testimonial y — como demuestra esta entrega — la narrativa eclesiástica de formación.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Elegir no lo había liberado del sufrimiento. Pero lo había hecho libre.

Esa frase, del Capítulo 12, condensa todo lo que esta novela propone. La libertad no es un triunfo limpio ni glorioso. No es un amanecer sin sombras. Es una herida abierta que uno decide cargar sin amargura. Es mirarse al espejo y no esconder la verdad debajo de una sotana. Es aceptar el dolor sin transformarlo en cadena.

Juan de Dios nació con un nombre que le marcó el destino. Creció en una casa donde la voluntad de Dios se pronunciaba con la voz de su madre. Fue señalado como «el niño santo» antes de saber qué significaba la santidad. Y durante años vivió la vida que otros decidieron por él, creyendo sinceramente que esa era la voz divina.

Hasta que un día, en una capilla silenciosa, se dio cuenta de que Dios nunca le había hablado. Solo escuchó las voces de quienes lo amaban, lo deseaban para la Iglesia, lo necesitaban para confirmar sus propias certezas. Voces humanas, no divinas.

Y entonces tuvo que elegir.

Esta novela no pretende resolver la pregunta de si Dios habla o no habla. Pretende, más bien, ayudar a distinguir entre la voz divina y las voces humanas que a menudo se hacen pasar por ella.

Si alguna vez sentiste que tu vida fue decidida por otros en nombre de un bien superior — si creciste con un mandato que no elegiste — esta historia es para ti. No promete respuestas fáciles. Solo ofrece la compañía de quien ha caminado por el mismo territorio y ha salido del otro lado: herido, pero libre.

Porque al final, como dice Juan de Dios en el prólogo: elegir es la forma más humana de rezar.

© 2025 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

INDICE

Prólogo
Capítulo 1: La Casa donde se Rezaba
Capítulo 2: El Niño Santo y el Niño Real
Capítulo 3: El Silencio del Padre

Capítulo 4: La Voz de la Madre y la Voz de Dios
Capítulo 5: El Umbral del Seminario
Capítulo 6: Reglas, Hábitos y Secretos
Capítulo 7: La Historia que Nunca le Contaron
Capítulo 8: La Vida Posible
Capítulo 9: Guerra Fría Interna
Capítulo 10: La Caída del Padre Esteban
Capítulo 11: Vocación o Libertad
Capítulo 12: La Elección y el Dolor
Epílogo: El Hombre que Decide

PRÓLOGO
Juan de Dios

Desde muy temprano, antes de que el sol se atreviera siquiera a insinuar su luz detrás de las colinas, la capilla del antiguo retiro ya estaba sumida en un silencio tan profundo que parecía respirar. Juan de Dios Sánchez Beistegui caminó despacio entre las bancas de madera gastada, tocando con la punta de los dedos los respaldos que exhalaban un olor a humedad y a incienso viejo. Alguna vez, cuando era niño, aquel olor lo tranquilizaba; ahora, en ese amanecer de su adultez joven, lo inquietaba como si fuera el eco de una antigua voz que ya no sabía si quería escuchar. Se sentó en la tercera banca, la más cercana al crucifijo que colgaba sobre el altar, y cerró los ojos. La madera crujió bajo su peso ligero, como si la capilla lo reconociera y lo recibiera con cierta solemnidad.

Había llegado la noche anterior para cumplir con unos días de silencio y discernimiento, siguiendo la recomendación del Padre Gabriel, su director espiritual. El retiro prometía ayudarlo a encontrar claridad para enfrentar

las dudas que lo habían acompañado durante meses. Sin embargo, amaneció con la sensación de que la claridad no llegaría de afuera, que ninguna voz ajena le daría respuesta. Y aun así, allí estaba, aferrado a un último intento por ordenar el torbellino que llevaba dentro.

—Señor, si estás aquí, dime algo —murmuró, mientras apoyaba la frente en sus manos entrelazadas—. Dime qué hacer. Dime qué quieres de mí.

Pero nada se movió. No hubo ráfagas de revelación. No temblaron las velas. Solo respiró el silencio, espeso, absoluto, casi hiriente. Juan de Dios levantó la vista hacia el crucifijo. La figura de Cristo lo miraba desde su inclinación eterna, clavada en un sufrimiento que él conocía desde niño, porque en su casa ese dolor no era un símbolo sino una presencia viva. Su madre había repetido tantas veces que su nombre era un signo divino, un recordatorio del destino que lo esperaba, que durante años Juan de Dios creyó sinceramente que Dios tenía un plan trazado para él desde que nació. Pero ahora, frente al Cristo inmóvil, comenzó a preguntarse si ese plan alguna vez había existido.

Recordó las primeras veces en que escuchó su nombre completo pronunciado con solemnidad. Su madre lo decía casi con un temblor de orgullo: "Juan de Dios, mi hijo, regalo del cielo". Cada vez que lo presentaba ante alguien de la parroquia, repetía la historia de cómo, al nacer, había llorado con una fuerza que interpretó como signo de fortaleza espiritual. "Este niño está destinado para algo grande", decía, y los que la escuchaban asentían con una mezcla de fe y superstición. Juan de Dios creció oyendo que su vida ya tenía un camino marcado, que la voluntad divina lo había elegido incluso antes de que pudiera decidir. Y, aunque nunca se lo confesó a nadie, una parte de él aceptó ese destino como una verdad incuestionable.

Pero el tiempo, con su lento goteo, se encargó de mostrarle que la vida nunca es tan simple como las certezas de su madre. La adolescencia lo sorprendió con preguntas que nadie quería responder. Las primeras dudas sobre el sacerdocio surgieron en forma de un temblor suave: ¿y si el llamado no era tan claro como todos creían? ¿Y si la voz que él asociaba con Dios era, en realidad, la voz de su madre, de la comunidad, de una tradición más fuerte que su propia voluntad? Cada vez que intentaba formular estas inquietudes, encontraba muros. El párroco respondía con frases hechas, sus compañeros de catecismo lo miraban con desconcierto, y su madre lo abrazaba con una ternura que sofocaba cualquier intento de rebeldía.

Ahora, sentado en la capilla silenciosa, Juan de Dios sentía que esas dudas habían vuelto, más grandes, más urgentes. Ya no eran preguntas abstractas sino temores profundos que lo enfrentaban con la posibilidad de haber construido su vida sobre una mentira piadosa. Se preguntó si realmente quería ser sacerdote o si había confundido el deseo de su madre con la voz de Dios. La idea lo estremeció.

Afuera, el amanecer comenzaba a teñir el cielo con un azul tímido que no terminaba de imponerse sobre la oscuridad. La luz entraba por las vidrieras, dibujando figuras borrosas que se movían lentamente sobre el suelo. Juan de Dios observó esa danza muda y pensó que, quizá, la única claridad posible era aceptar que no sabía nada con certeza. Ni sobre Dios, ni sobre él mismo.

—¿Y si nunca me hablaste? —susurró mirando al crucifijo—. ¿Y si todo esto fue un malentendido?

El eco de sus propias palabras le devolvió un miedo que llevaba años evitando. Porque si Dios no hablaba, entonces todo dependía de su propia decisión. Y decidir sin la garantía de lo divino era cargar con un peso que no estaba seguro de poder soportar. La libertad, descubrió, era más aterradora que la obediencia.

La puerta de la capilla se abrió con un leve chirrido. Juan de Dios se sobresaltó. Un hombre mayor, tal vez uno de los encargados del retiro, entró sin notar su presencia. Encendió unas velas, revisó los manteles del altar y luego salió en silencio. Ese gesto cotidiano, casi mundano, le recordó que la Iglesia estaba hecha de hombres, no de ángeles. Y esos hombres, con sus virtudes y miserias, habían construido las reglas que él ahora dudaba en aceptar.

Se llevó las manos al rostro y respiró hondo. El olor a cera quemada y madera vieja lo envolvió como una manta tibia. Cerró los ojos y trató de escuchar algo más allá del silencio, algún murmullo que le diera una pista, una dirección. Pero nada llegó. Y, en ese vacío, descubrió una verdad incómoda: tal vez Dios no dijo nada. Tal vez todo lo que había creído escuchar a lo largo de su vida eran las voces de quienes lo amaban, lo temían, lo deseaban para la Iglesia. Voces humanas, no divinas.

Abrió los ojos y miró hacia el fondo de la capilla, donde la penumbra se resistía a abandonar los rincones. Allí, como si emergiera de la sombra misma, vio la imagen de un niño que corría entre bancas imaginarias, riendo con la inocencia de quien no conoce aún el peso de un nombre. Era él, a los siete u ocho años, corriendo detrás del párroco después de misa, ilusionado por la idea de servir en el altar. Aquella ilusión, recordó, no era impostada. Había sentido una alegría auténtica. Pero también recordó que, desde esa edad, la gente le repetía que estaba destinado al sacerdocio. ¿Dónde terminaba su deseo y dónde comenzaba el deseo de los demás?

El niño imaginario se desvaneció cuando volvió a parpadear. Juan de Dios suspiró con un cansancio que no correspondía a su edad. La capilla, silenciosa, parecía observarlo. Por un momento, sintió la tentación de levantarse y huir, abandonar el retiro, regresar a su vida anterior sin remordimientos ni preguntas. Pero sabía que no podía hacerlo. No sin

antes enfrentar aquello que había evitado durante años: la libertad de elegir.

—Si tú no dices nada —susurró con la voz quebrada—, tendré que decidir yo.

Por primera vez desde que llegó al retiro, sintió una calma extraña, como una corriente suave que recorría su pecho. No era una respuesta. No era una señal. Era la aceptación muda de que la responsabilidad de su vida recaía en él y solo en él. Quizá, pensó, esa era la verdadera prueba: vivir sin certezas, caminar sin la seguridad de un mandato divino. Amar, servir, decidir por su propia cuenta. Y asumir las consecuencias.

Se levantó lentamente, sintiendo el cuerpo pesado por la vigilia. Caminó hacia el altar y se detuvo frente al crucifijo. La mirada de Cristo seguía siendo la misma: serena, resignada, abierta al mundo. Pero algo en Juan de Dios había cambiado. Ya no buscaba una orden. Buscaba entenderse. Y ese era, tal vez, el primer acto auténtico de libertad de su vida.

Salió de la capilla. El amanecer, finalmente, había ganado la batalla contra la noche. Una luz dorada cubría los jardines del retiro. Juan de Dios inspiró profundamente, dejando que el aire fresco llenara sus pulmones. Era un hombre joven, con un nombre pesado, con una historia que comenzaba a resquebrajarse y con un futuro incierto. Pero, por primera vez, sintió que ese futuro le pertenecía. No a su madre. No a la comunidad. No a la Iglesia. A él.

Mientras caminaba hacia el comedor donde lo esperaba el desayuno frugal del retiro, pensó en algo que, sin saberlo, lo acompañaría durante mucho tiempo: lo que Dios no dijo, tendría que decirlo él. Con actos, con decisiones, con la vida entera. Y ese pensamiento, en lugar de aterrorizarlo, le dio una inesperada fuerza. Porque al final, comprendió, elegir es la forma más humana de rezar.

CAPÍTULO 1

La Casa donde se Rezaba

La casa donde Juan de Dios Sánchez Beistegui pasó su infancia tenía la forma de un pequeño santuario doméstico. Su madre la había llenado de imágenes religiosas, estampitas protegidas con plástico, veladoras que ardían a cualquier hora y pequeñas reliquias. Su devoción no era un simple fervor de parroquiana diligente, sino un modo de vida, un sistema completo de interpretación del mundo. Por eso eligió para él un nombre que lo destinó a una existencia más pesada que la de cualquier niño común: Juan de Dios, como si quisiera que el cielo lo reclamara desde la cuna.

La casa estaba impregnada de un olor a cera que se mezclaba con el aroma de los guisos cotidianos. La madre lo despertaba cada mañana con un toque suave en el hombro.

—Levántate, hijo —decía ella—. Hoy también hemos de agradecer.

La gratitud era una disciplina doméstica que se ejercía antes del desayuno. Había que agradecer por él, que había llegado al mundo tras años de intentos fallidos. La madre solía contar que cuando nació, aquel llanto fuerte la hizo sentir que Dios mismo había soplado vida en su hijo para darle una misión extraordinaria. El padre, más cauteloso, mantenía cierta distancia que el niño percibía sin comprenderla.

Cuando Juan de Dios tenía seis años, la madre comenzó a llevarlo a la parroquia del barrio. El párroco lo observó con una mezcla de ternura y expectativa.

—Tiene usted un hijo especial —dijo—. Su mirada es muy profunda, señora. Este niño está tocado por la gracia.

La madre escuchó aquellas palabras como una confirmación divina. Juan de Dios sintió que esas miradas adultas lo apartaban del resto de los niños. Mientras otros corrían por el atrio jugando, él se quedaba cerca de su madre, ordenando veladoras o ayudando al párroco. Tenía un aire de gravedad que los adultos interpretaban como señal de madurez espiritual.

En la escuela descubría otro mundo. Allí no era el niño santo de la parroquia, sino un muchacho callado. Cuando los demás hablaban de superhéroes, él comentaba historias de santos.

Alrededor de los siete años ocurrió uno de los episodios que lo marcarían. Una vecina anciana había muerto y la madre llevó a Juan de Dios al velorio. Se acercó lentamente al féretro mientras su madre colocaba una mano sobre su hombro.

—No temas —le dijo—. La muerte es solo un paso hacia el encuentro con Dios.

Pero él pensaba en la vida de aquella mujer. De repente, sintió un nudo en la garganta y tocó la madera del ataúd, como si quisiera transmitir un poco de calor a ese cuerpo que ya no respondía. La madre lo observó con ojos emocionados.

A partir de ese día, Juan de Dios comenzó a asociar la compasión con la vocación. Esa idea se fue instalando en su interior como una semilla silenciosa, regada por las palabras de su madre y por la aprobación del párroco.

La casa tenía una sala estrecha con un pequeño altar familiar. Cada noche, la madre encendía una veladora y rezaba largamente. Juan de Dios escuchaba sin comprender del todo, pero sentía la serenidad de esos rituales. El padre los veía desde la puerta con expresión pensativa.

—No lo presiones tanto —le dijo una noche a la madre—. Es solo un niño.

—Dios tiene planes para él —respondió ella sin voltear—. No soy yo quien lo empuja. Es Él.

Juan de Dios escuchó parte de esa conversación medio dormido. ¿De verdad Dios tenía planes para él? ¿No podía ser simplemente un niño, como los demás?

El barrio donde vivían era humilde pero vibrante. Esa solidaridad marcó a Juan de Dios. Pero también veía la dureza de la vida: hombres agotados por el trabajo, mujeres que lloraban en silencio, jóvenes atrapados en adicciones.

Un domingo por la mañana, mientras regresaban de misa, la madre tomó su mano con fuerza.

—Hijo, prometí que te dedicaría a Dios desde antes de que nacieras. No olvides nunca que Él te dio la vida para servir.

Juan de Dios asintió con naturalidad. Sin embargo, algo muy tenue comenzó a preguntarse si los destinos podían ser elegidos o si venían escritos desde el cielo.

Con el tiempo, la casa donde se rezaba dejó de ser solo un espacio físico para convertirse en una presencia permanente. A veces, en las noches de tormenta, Juan de Dios se quedaba mirando la silueta del crucificado. No sabía si aquella figura lo protegía o lo vigilaba.

Fue en una de esas noches, cuando tendría ocho o nueve años, que escuchó a sus padres discutir.

—El Señor lo escogió —decía ella—. No podemos hacer como si nada.

—Es un niño —respondió el padre—. Que sea lo que quiera ser cuando crezca.

—No decido yo, decide Dios.

Hubo un silencio tenso.

—¿Y si te equivocas? —preguntó el padre—. ¿Y si no es Él quien habla sino tus ganas de tener un santo en la familia?

Esas palabras se le quedaron clavadas. Hasta entonces, jamás se le había ocurrido que su vida pudiera ser interpretada de otra manera. La idea de que su madre pudiera estar equivocada lo confundió y lo llenó de una extraña tristeza.

A partir de entonces, comprendió que sus padres no veían lo mismo cuando lo miraban. Para su madre, él era un elegido; para su padre, era un hijo al que había que dejar crecer.

Los años siguientes consolidaron la casa como ese espacio ambiguo entre lo sagrado y lo humano. Por las tardes, después de hacer la tarea, salía a jugar con los niños de la cuadra. Corrían detrás de un balón desinflado, improvisaban porterías con piedras, reían. Pero bastaba con que su madre lo llamara para que el juego se interrumpiera.

—Juan de Dios, ven a ayudarme en la iglesia —gritaba.

Los otros niños lo miraban con burla.

—Ahí va el padrecito —decía alguno.

Él sonreía con timidez. Una parte de él disfrutaba de la importancia que le atribuían los adultos. Otra parte hubiera querido quedarse un poco más en la calle, confundido entre los demás.

En la parroquia, el párroco le enseñó a preparar el cáliz, a colocar el misal, a encender las velas. Juan de Dios ejecutaba cada gesto con concentración. En algún punto, comenzó a confundirse con el papel que representaba. Si todos insistían en que tenía vocación, ¿quién era él para contradecirlos?

Sin embargo, había momentos en que la casa le resultaba demasiado pequeña. En las noches cálidas, se acostaba en el patio y miraba el cielo. Las estrellas le generaban una inquietud distinta. Era una sensación de posibilidad, de caminos que se abrían más allá de las paredes de la casa. Imaginaba ciudades lejanas, oficios que no tenían que ver con sotanas ni altares. Y luego se sentía culpable.

Una tarde, mientras ayudaba a limpiar el altar doméstico, se atrevió a hacerle una pregunta.

—Mamá, ¿y si yo no quisiera ser sacerdote?

Ella se detuvo en seco.

—¿Por qué dices eso, hijo?

—No sé. A veces pienso en otras cosas. En otros trabajos.

La madre frunció los labios.

—Hay deseos que vienen de la carne y deseos que vienen del alma. Los primeros se confunden, los segundos son claros. Tú, desde pequeño, has mostrado que tu alma está llamada a servir a Dios.

—¿Y cómo sé cuáles deseos son de la carne y cuáles del alma?

Ella tomó sus manos con fuerza.

—Lo sabes cuando rezas y sientes paz. Y tú la has tenido desde siempre.

Juan de Dios quiso decirle que no siempre sentía paz, que en ocasiones lo asaltaba un miedo inexplicable. Pero la mirada de su madre lo detuvo. No quiso herirla. Asintió en silencio mientras por dentro una ligera incomodidad crecía.

Con los años, el altar doméstico se convirtió en el punto fijo en torno al cual giraba la vida de la familia. Juan de Dios aprendió que no había acontecimiento que no pudiera ser leído en clave religiosa. Si alguien enfermaba, era prueba. Si conseguían dinero extra, era bendición.

Habitado por esa mezcla de devoción, afecto y presión silenciosa, Juan de Dios fue creciendo hacia la adolescencia como un muchacho que conocía muy bien el lenguaje de las oraciones, pero que empezaba a descubrir un idioma nuevo dentro de sí. Un idioma hecho de preguntas, deseos, intuiciones que no cabían fácilmente en las palabras que se repetían

cada noche frente al altar. La casa donde se rezaba lo había moldeado, le había dado un sentido de pertenencia y una identidad clara ante los ojos de los demás. Pero, sin que nadie lo notara, también se había convertido en el primer escenario de su conflicto más profundo: la lucha entre lo que otros habían decidido que debía ser y lo que, en lo más íntimo de su conciencia, apenas comenzaba a preguntarse si quería ser realmente.

CAPÍTULO 2

El Niño Santo y el Niño Real

Desde la primera vez que se colocó la sotanilla blanca sobre la ropa de diario y caminó por el pasillo lateral de la parroquia con una vela en la mano, Juan de Dios sintió que un mundo nuevo se abría ante él, un mundo que parecía hecho de luz filtrada a través de vitrales y de voces que resonaban con una solemnidad que pocas cosas en su vida le habían producido. El párroco le había puesto una mano en el hombro y lo presentó ante los demás monaguillos como si estuviera presentando a alguien especialmente elegido, alguien destinado a ocupar un lugar de honra en el pequeño universo litúrgico que regía la vida de la comunidad. A Juan de Dios le temblaron las manos, no por el peso de la vela, sino por la sensación de estar entrando en un escenario donde todos esperaban que él interpretara un papel sin errores.

Cada domingo, antes de la misa de las ocho, él llegaba con puntualidad casi exagerada. Le gustaba ser el primero en entrar en la sacristía vacía, encender las luces, revisar que los ornamentos estuvieran doblados con precisión, verificar que las vinajeras estuvieran llenas de agua y vino. Había un orden casi matemático en ese pequeño cuarto, y cumplirlo le daba una satisfacción que no entendía del todo. Mientras se ajustaba la sotanilla frente al espejo, se observaba con atención: aquella prenda simple, de algodón blanco, parecía transformarlo. Lo hacía sentir importante, necesario, parte de algo más grande que él. La mirada que le devolvía el espejo era la de un niño que no sabía con certeza quién era, pero que se veía obligado a parecer alguien más: el discípulo obediente, el pequeño siervo del altar.

La gente del barrio lo observaba con una mezcla de ternura y respeto. Algunas señoras lo saludaban con la cabeza inclinada, como si se tratara de un joven sacerdote en formación.

—Dios te bendiga, hijo —decían—. Qué bonito que desde tan pequeño estés tan entregado al Señor.

Juan de Dios respondía con una sonrisa tímida, acostumbrado ya a aquella forma de veneración que no había buscado, pero que tampoco rechazaba. Era difícil rechazar algo que parecía levantarlo del anonimato y colocarlo en un pedestal discreto pero firme. Sin embargo, esa alabanza constante también lo colocaba bajo una luz que, algunas veces, se volvía incómoda.

Porque en la escuela la historia era distinta. Allí no llevaba sotanilla ni caminaba en procesiones; allí no era el niño santo, sino un muchacho callado, un poco torpe en los juegos de pelota, demasiado serio para su edad. Mientras sus compañeros comentaban partidos de futbol, videojuegos o travesuras, él hablaba con naturalidad del significado del incienso o de cómo el párroco organizaba las lecturas dominicales. Aquello lo volvía extraño, distinto, incluso molesto.

—Ahí viene el padrecito —decían algunos en voz baja cuando lo veían pasar con el cuaderno bajo el brazo—. No lo invites a jugar, se va a persignar.

Juan de Dios fingía no escucharlos, pero cada palabra le caía como una gota fría. No sabía cómo ser otra cosa. No sabía cómo encajar en ese mundo donde la fe no tenía el mismo peso que en su casa o en la parroquia. Un día, un compañero lo empujó durante el recreo, sin fuerza suficiente para lastimarlo, pero sí para marcar la diferencia entre ellos.

—¿Por qué siempre pareces tan serio? —le dijo—. Ni que fueras santo.

Él no supo qué responder. La santidad no era una pretensión suya; era una cualidad que le habían atribuido y que él cargaba como una mochila invisible que a veces pesaba más de lo que podía soportar. Durante un tiempo intentó imitar a los demás niños, reír más fuerte, ensuciarse más, decir alguna grosería que lo hiciera parecer normal. Pero cada esfuerzo resultaba torpe, artificial, como si estuviera representando dos papeles incompatibles: el del niño santo que todos en la iglesia celebraban y el del niño real que comenzaba a descubrir su propia humanidad.

Una tarde, mientras ayudaba al párroco a limpiar los candelabros después de una misa de difuntos, Juan de Dios se atrevió a expresar su inquietud.

—Padre —dijo, sin levantar la vista—, ¿usted cree que uno nace para ser algo? ¿Que Dios ya sabe todo lo que haremos?

El párroco dejó de pulir la base de bronce y lo miró con una expresión ambigua, mezcla de paciencia pastoral y cansancio.

—Dios tiene un plan para todos —respondió—. Pero también nos da libertad para encontrarlo.

Juan de Dios asintió sin comprender. Si había un plan, ¿dónde quedaba la libertad? Y si había libertad, ¿cómo podía su madre estar tan segura de que él había sido elegido? Aquella conversación, que debía haberlo consolado, solo aumentó su desconcierto.

Pero lo que realmente comenzó a fragmentar su visión del mundo fue un episodio aparentemente insignificante. Una tarde, al terminar la misa, vio al párroco discutir en voz baja con otro sacerdote que había asistido como invitado. No alcanzó a entender las palabras, pero percibió el tono tenso, la rigidez en los gestos, la manera en que el párroco, siempre tan pausado, parecía contener una molestia evidente. Juan de Dios se

escondió detrás de un armario de madera, observando cómo ambos hombres, investidos de un rol que él había idealizado, intercambiaban palabras ásperas y gestos bruscos.

Cuando el sacerdote invitado salió por la puerta lateral, el párroco suspiró profundamente, como si de pronto hubiera envejecido varios años. Se apoyó en el borde de la mesa de la sacristía y pasó las manos por su rostro, dejándolo ver, por un instante, como un hombre fatigado y vulnerable.

Juan de Dios sintió un estremecimiento. Aquel hombre, que él había visto como un símbolo de autoridad absoluta, no era distinto a cualquier vecino que discutía por asuntos triviales. Era humano. Imperfecto. Capaz de irritarse, de sufrir, de mostrar debilidad. Esa imagen quebró algo dentro de él, no por decepción, sino por revelación. Por primera vez intuyó que detrás de las vestiduras sagradas había seres de carne y hueso, con sus emociones y sus contradicciones.

Esa noche, al llegar a casa, miró el altar doméstico con ojos distintos. Las imágenes, las veladoras, los rosarios seguían allí, imperturbables, pero algo en su interior había cambiado. Por primera vez, cuestionó si la santidad era algo real o un conjunto de símbolos que los hombres necesitaban para sobrellevar la vida. No se atrevió a formular esa pregunta en voz alta; temía herir a su madre, quien seguía iluminándolo con la convicción de que él sería algún día un sacerdote ejemplar.

En los meses siguientes, su doble identidad se volvió más evidente. En la parroquia seguía cumpliendo con diligencia sus funciones de monaguillo. Sabía cuándo tocar la campanilla, cuándo acercar el misal, cuándo sostener la patena. Los feligreses lo miraban con la devoción de quien contempla una promesa en ciernes. Pero en la escuela se volvía cada vez más consciente de su incapacidad para encajar en la vida ordinaria de los niños. Cuando se reían de él, trataba de no mostrar dolor, pero por las noches, en el patio de la casa donde se rezaba, miraba las estrellas y se preguntaba por qué no podía ser simplemente un niño normal.

Hubo un día, sin embargo, en que esa tensión se volvió particularmente insoportable. El maestro de ciencias pidió a los alumnos que formaran equipos para realizar un proyecto sobre el cuerpo humano. Juan de Dios, que acababa de aprender a distinguir entre órganos y sistemas, se acercó emocionado a un grupo de compañeros, pero ellos lo ignoraron deliberadamente. Uno de ellos, con una sonrisa burlona, dijo en voz no tan baja:

—Mejor que se vaya a rezar. El cuerpo no es lo suyo.

La frase quedó suspendida en el aire como un golpe que no llegó a ser físico, pero que dolió más que cualquier empujón. Juan de Dios sintió el calor subirle al rostro, un calor que mezclaba humillación y rabia. Por primera vez en su vida, sintió deseos de gritar, de patear una banca, de

llorar delante de todos. Pero se contuvo. Bajó la cabeza y regresó a su lugar. Resolvería el proyecto solo.

Esa noche, en el patio, volvió a mirar las estrellas. Ya no se sentía protegido por ellas. Más bien sentía que lo observaban con una indiferencia cósmica. ¿Era eso lo que sentía Dios también? ¿Una mirada lejana, impasible, que lo dejaba librado a sus propios conflictos? No supo responderse.

Al entrar a la casa, encontró a su madre rezando el rosario frente al altar. Se acercó y se arrodilló a su lado, esperando que la oración disipara la amargura del día. Pero mientras recitaba las avemarías, su mente regresaba una y otra vez a la frase que había escuchado: "El cuerpo no es lo suyo". Aquellas palabras resonaban con una fuerza que lo aterraba. Porque en el fondo sabía que no eran del todo falsas. Había aprendido a ver su cuerpo como algo que debía dominar, contener, mantener puro para lo que todos llamaban "su misión".

Cuando terminó el rosario, la madre lo miró con ternura.

—¿Estás bien, hijo?

Juan de Dios asintió, pero no dijo la verdad. No podía decirla. No aún.

Con el paso del tiempo, la vida de monaguillo comenzó a entrelazarse de manera inevitable con su visión de sí mismo. Creció convencido de que la responsabilidad que había asumido —o que le habían asignado— no le permitía comportarse como los demás. Cada risa, cada impulso infantil, cada torpeza parecía incompatible con la imagen que los adultos tenían de él. Y así, sin darse cuenta, empezó a alejarse de su propio cuerpo, a observarse como quien vigila desde afuera a un personaje obligado a mantenerse siempre correcto.

Sin embargo, en lo más profundo, Juan de Dios seguía siendo un niño real, un niño que sentía miedo, que se equivocaba, que en ocasiones deseaba escapar del templo y correr por las calles sin que nadie lo detuviera. Ese niño real, oculto bajo capas de santidad impuesta, comenzaba a inquietarse, a reclamar su lugar. A veces, por las noches, lo sentía moverse dentro de él como un animal encerrado, pidiendo libertad.

Pero en la parroquia, bajo la mirada de los adultos, ese niño real debía desvanecerse. Allí solo había espacio para el niño santo, el pequeño servidor del altar, el futuro sacerdote que todos parecían ver con mayor claridad que él mismo. Cada día, la distancia entre esos dos niños se hacía más grande, y aunque Juan de Dios no podía nombrarlo aún, sabía que esa distancia sería el origen de conflictos más profundos, de dudas que tarde o temprano lo obligarían a elegir entre el papel que le habían impuesto y la verdad que comenzaba a despertar en su interior.

CAPÍTULO 3

El Silencio del Padre

La adolescencia llegó para Juan de Dios como una estación inesperada, sin transiciones suaves ni señales previas que le permitieran prepararse. Una mañana cualquiera, al mirarse en el espejo, descubrió que su rostro había comenzado a afilarse, que una sombra tenue se insinuaba sobre su labio superior, que sus manos eran más grandes y su voz, irregular. Nada de eso lo sorprendió tanto como la transformación silenciosa que ocurría dentro de él, una revolución íntima que no sabía cómo nombrar y que lo dejaba confundido, inquieto, casi avergonzado de su propio cuerpo. La casa donde se rezaba, que durante años había sido un refugio cálido, se convirtió de pronto en un territorio donde cada gesto debía ser vigilado, cada pensamiento confesado solo a medias, cada emoción analizada bajo la luz rígida de la fe.

Fue en esos años cuando descubrió que la vida interior podía ser un campo minado. Sus oraciones comenzaron a llenarse de distracciones extrañas: rostros femeninos que aparecían sin permiso, imágenes fugaces que encendían un calor desconocido en su pecho y en su vientre, preguntas sobre el cuerpo que no encontraba en ningún catecismo. La culpa, que hasta entonces había sido un concepto abstracto, adquirió una forma precisa, punzante. Juan de Dios temía que Dios lo estuviera observando en cada pensamiento involuntario, en cada estremecimiento, en cada sueño que lo hacía despertar con el corazón latiendo con fuerza.

Comenzó a evitar ciertas calles donde sabía que podía encontrarse con grupos de compañeras de la escuela. Apresuraba el paso cuando escuchaba risas femeninas cerca. En la parroquia, bajaba la mirada si alguna joven se acercaba a pedir información sobre los horarios de misa. Todo esto lo hacía sentir dividido: una parte de él anhelaba acercarse, conocer, conversar; la otra lo frenaba con el peso de la culpa y la amenaza del pecado. Era como vivir con dos voces contradictorias que se disputaban cada decisión, cada impulso.

El primer enamoramiento llegó sin anunciarse. Se llamaba Mariana, una compañera de salón delgada, de ojos grandes y brillantes, y con una risa que iluminaba la sala de clases. Mariana se sentaba dos filas delante de él, y Juan de Dios se sorprendía observando cómo movía los dedos cuando escribía, cómo inclinaba la cabeza cuando leía en voz alta, cómo sonreía cuando la maestra la elogiaba. Había en ella algo que lo atraía más allá de la lógica, más allá incluso de la timidez que siempre lo había acompañado.

Una tarde, al salir de la escuela, Mariana dejó caer un cuaderno. Juan de Dios se apresuró a recogerlo.

—Gracias —dijo ella, mirándolo directamente a los ojos.

Él sintió que algo se le encendía dentro, un relámpago breve pero intenso. Tartamudeó alguna respuesta y vio cómo la sonrisa de Mariana se alejaba en dirección al camión escolar. Aquella imagen lo acompañó

durante días, instalada en un rincón de su memoria como un destello peligroso. Cuando rezaba, la recordaba. Cuando intentaba concentrarse en la lectura de la vida de algún santo, la veía. Cuando ayudaba en la parroquia, un pensamiento fugaz la traía de vuelta.

La culpa lo envolvía con cada recuerdo. Sentía que su vocación —esa palabra que comenzaba a pesarle cada vez más— se debilitaba con cada latido que Mariana le provocaba. Y sin embargo, no podía evitarlo. Comprendió que su corazón tenía un ritmo propio, ajeno a las altas expectativas de su madre y a los silencios del párroco.

En el confesionario, intentó hablar de esos sentimientos con palabras veladas. El sacerdote le respondió con fórmulas conocidas: "Reza tres avemarías", "Ofrece ese sacrificio a Dios", "La pureza es una batalla diaria". Pero ninguna de esas respuestas tocaba el fondo de lo que él sentía. No era solo deseo lo que experimentaba; era también curiosidad, ternura, el anhelo de conocer a alguien de una forma que no estaba contemplada en su destino sacerdotal.

En casa, el ambiente también había cambiado. El padre, que siempre había sido callado pero presente, comenzó a mostrar una inquietud que Juan de Dios no supo interpretar. No era maltrato ni distancia deliberada; era más bien una tristeza discreta, un cansancio que se le notaba en los hombros, en la manera en que dejaba las botas al llegar del trabajo, en la mirada que se le perdía en algún punto del comedor mientras la madre hablaba con entusiasmo de las actividades de la parroquia.

Una noche, mientras Juan de Dios hacía su tarea en la mesa, escuchó a sus padres discutir en voz baja en el cuarto contiguo. Sabía que no debía escuchar, pero las palabras llegaban claras, como si el silencio de la casa las amplificara.

—No quiero que lo obligues —decía el padre, con un tono que mezclaba firmeza y súplica—. Déjalo vivir un poco. Apenas está empezando a crecer.

—No lo obligo —respondió la madre—. Él siente el llamado. Desde pequeño lo ha sentido.

—¿Y si no es un llamado? ¿Y si solo es un niño que quiere complacerte?

Hubo un silencio que se sintió como un golpe.

—Dios me dio señales —dijo ella, con voz quebrada—. Y me dio este hijo para Él. No voy a permitir que el mundo lo aleje de su propósito.

Juan de Dios dejó de escribir. Su respiración se hizo más lenta, como si su cuerpo intentara hacerse invisible. Aquel diálogo resonó en lo más profundo de su ser. No era la primera vez que sus padres discutían sobre él, pero nunca antes lo habían hecho con un tono tan grave, tan cargado de una tristeza que él no sabía cómo aliviar.

Esa noche, el padre se acercó a su cuarto. Abrió la puerta sin encender la luz.

—¿Estás despierto? —preguntó.

—Sí —respondió Juan de Dios, sentándose.

El padre se sentó a su lado. La penumbra hacía que su rostro fuera apenas una sombra.

—Hijo —dijo con una voz pesada—, quiero que sepas que no tienes que ser nada para complacer a nadie. Ni a mí, ni a tu madre, ni siquiera a Dios. La vida no es una deuda.

Juan de Dios sintió un nudo en la garganta. No sabía cómo responder. Nunca había oído a su padre hablar con tanta claridad.

—Tu madre te quiere mucho —continuó él—. Pero a veces confunde su fe con tus decisiones. Lo hace con amor, pero también con miedo. Y el miedo no siempre escucha.

Juan de Dios bajó la mirada.

—Yo… yo quiero hacer lo que Dios quiera —murmuró.

El padre suspiró.

—Y está bien. Solo recuerda que Dios habla de muchas formas. A veces, incluso, guarda silencio. Y en ese silencio, hijo, uno tiene que aprender a escucharse a sí mismo.

Aquellas palabras quedaron flotando en la oscuridad, como una semilla que tardaría años en germinar. Juan de Dios sintió por primera vez que había un espacio legítimo entre la voz de Dios y la suya propia, un espacio que nadie le había enseñado a reconocer. La idea lo asustó y lo liberó al mismo tiempo.

Los días siguientes estuvieron marcados por un silencio extraño entre él y su madre. Ella seguía hablándole con cariño, pero había en su mirada una mezcla de sospecha y fragilidad. Como si temiera que su hijo se estuviera alejando, que el destino que había imaginado para él se desvaneciera. Intensificó las visitas a la parroquia, multiplicó los rosarios nocturnos, aumentó las conversaciones sobre santos jóvenes que habían resistido las tentaciones del mundo. Juan de Dios escuchaba todo aquello con una paciencia cansada, sintiendo que cada palabra era un ladrillo más en el muro que lo separaba de su propia verdad.

El párroco, sin saber nada de esa tensión doméstica, seguía tratándolo como al monaguillo ejemplar. Pero Juan de Dios comenzó a notar cosas que antes pasaban inadvertidas: el rostro cansado del sacerdote al terminar misa, el tono impaciente cuando algún monaguillo cometía un error, el temblor apenas perceptible en sus manos cuando levantaba el cáliz. La santidad que él había imaginado parecía ahora despojada de su brillo sobrenatural.

Una tarde, mientras limpiaban el altar, Juan de Dios lo observó con detenimiento.

—Padre —dijo, sin saber exactamente qué quería preguntar—, ¿usted siempre quiso ser sacerdote?

El párroco lo miró con sorpresa. Guardó silencio un instante antes de responder.

—No siempre —dijo—. Pero aprendí a quererlo.

—¿Y si uno… si uno quiere otras cosas? —insistió Juan de Dios.

El párroco frunció el ceño, como si aquellas preguntas rompieran un equilibrio que había procurado mantener.

—Todos tenemos tentaciones, hijo —respondió al fin—. Lo importante es no dejar que nos aparten del camino.

Juan de Dios bajó la mirada. No era la respuesta que buscaba.

Los meses pasaron con una mezcla de fervor y confusión. Mariana dejó de ser un pensamiento constante, pero el eco que había despertado en él —el descubrimiento de que podía sentir algo tan profundo por alguien— permaneció como una herida dulce. En casa, su padre mantenía la misma actitud serena y silenciosa, pero sus palabras seguían resonando: "La vida no es una deuda". Su madre, en cambio, intensificó sus oraciones, convencida de que la adolescencia era una prueba que Dios enviaba para confirmar el destino de su hijo.

Y Juan de Dios, atrapado entre esas dos fuerzas —el silencio lúcido del padre y la fe insistente de la madre—, comenzó a sentir que su vocación ya no era una certeza, sino una pregunta abierta.

Una pregunta que, sin saberlo, estaba a punto de volverse el eje de toda su vida.

CAPÍTULO 4

La Voz de la Madre y la Voz de Dios

La última etapa de la adolescencia de Juan de Dios llegó envuelta en una mezcla de fervor y desconcierto, como si el mundo entero hubiera empezado a hablarle en un idioma que él aún no dominaba. Ya no era el niño santo que todos celebraban ni el muchacho tímido que cargaba con la sotanilla como si fuera una segunda piel. Era otra cosa, algo en transformación constante, una frontera entre dos versiones de sí mismo que no lograban conciliarse del todo. A veces se sentía lleno de una luz intensa que creía venir de Dios; otras veces, un vértigo oscuro lo hacía pensar que su vida estaba construida sobre una promesa ajena que tal vez nunca quiso hacer.

La madre, sin embargo, veía en él una línea recta hacia el sacerdocio. Cada gesto, cada silencio y cada inclinación espiritual eran interpretados por ella como confirmación del llamado divino. Pero no veía —o no quería ver— las dudas que crecían en su hijo como raíces que buscaban espacios nuevos bajo la tierra. Su fe, tan absoluta, tan anclada en la

convicción de que Dios había elegido a Juan de Dios desde el vientre, se volvía una presencia constante que él no sabía cómo enfrentar sin herirla. La madre hablaba de Dios como si fuera alguien con quien conversaba todos los días, un interlocutor real que no dejaba lugar a dudas.

—Hijo —decía mientras doblaba la ropa o preparaba la comida—, recuerda siempre que quien escucha la voz de Dios nunca se equivoca. La duda es del mundo, no del cielo.

Juan de Dios asentía, pero por dentro algo se revolvía. Quería preguntarle cómo se distinguía esa voz de la propia imaginación, cómo saber si era Dios quien hablaba o si era el eco de las palabras maternas, repetidas durante tantos años que ya no sabía si eran revelación o costumbre. Sin embargo, nunca se atrevió. Había en la madre una fragilidad invisible, una devoción tan íntima que él temía quebrarla con una sola pregunta mal formulada.

En la escuela, sus compañeros comenzaron a hablar de planes futuros: carreras universitarias, trabajos soñados, proyectos personales. Juan de Dios escuchaba esas conversaciones desde un lugar extraño, como si observara la vida de otros a través de un cristal. Cuando alguien le preguntaba qué pensaba hacer, respondía con una vaguedad estudiada: "Todavía no estoy seguro" o "Estoy discerniendo". La palabra "discernir" se había vuelto su refugio, una forma elegante de posponer la verdad que aún no se atrevía a pronunciar.

El retiro juvenil al que asistió ese año, organizado por la parroquia y dirigido por un grupo de religiosos visitantes, se convirtió en un punto de inflexión. La casa donde se realizaba el retiro era grande, ubicada en las afueras de la ciudad, rodeada de árboles altos que parecían custodios de un silencio antiguo. Llegaron un viernes por la tarde, con mochilas pequeñas y corazones expectantes. Juan de Dios se sentía nervioso sin saber por qué. Quizá porque en ese retiro esperaba algo definitivo, una señal que despejara sus dudas o las confirmara de una vez.

La primera noche estuvo marcada por cantos, lecturas y una charla sobre la vocación. Un joven religioso, de mirada suave y voz pausada, habló sobre la importancia de escuchar el llamado interior.

—Dios te habla en lo más profundo de tu ser —dijo—. No en el ruido del mundo, sino en el silencio del corazón. Allí lo reconoces.

Juan de Dios cerró los ojos e intentó escuchar. Pero lo único que encontró fue una confusión difícil de ordenar: el recuerdo de Mariana, la sonrisa del párroco, la voz de su madre, el silencio del padre, sus propias preguntas sin responder. Buscó un indicio, una voz clara, un impulso que lo reafirmara. Pero no escuchó nada. Nada que no fuera él mismo.

Aquella noche durmió poco. El cuarto donde se hospedaba era compartido con otros muchachos, pero el silencio se volvía tan pesado que parecía una presencia vigilante. Se giró varias veces en la cama,

tratando de distinguir entre ansiedad espiritual y simple miedo a equivocarse. ¿Y si no tenía vocación? ¿Y si todo había sido una construcción ajena? ¿Y si Dios guardaba silencio porque no tenía nada que decirle? Se preguntó si la fe podía existir sin certezas, si la verdadera vocación incluía necesariamente la duda.

Al día siguiente, durante un ejercicio de meditación guiada, les pidieron que imaginaran su futuro ideal. Juan de Dios vio dos caminos superpuestos: en uno, vestido con sotana, celebraba misa ante una comunidad humilde; en el otro, caminaba tomado de la mano de una mujer cuyo rostro no distinguía, pero cuya presencia lo llenaba de una dicha íntima y desconocida. Ambos futuros parecían posibles, pero también contradictorios. Y, peor aún, ambos parecían incompletos si faltaba el otro.

Cuando abrió los ojos, notó que algunos compañeros sonreían con una paz que él no sentía. Uno de ellos, Carlos, un joven de rostro sereno que siempre había hablado con certeza de su deseo de ser sacerdote, le preguntó:

—¿Viste algo claro?

Juan de Dios dudó antes de responder.

—Vi… posibilidades —dijo al fin.

Carlos asintió como si entendiera.

—A veces Dios nos muestra varios caminos para que elijamos el mejor.

Pero Juan de Dios no estaba seguro de que fuera Dios quien le mostraba esos caminos. Quizá era su propia alma tratando de decirle algo que había callado durante años.

Esa tarde, el grupo realizó una caminata por el bosque cercano. El aire fresco entre los árboles le dio a Juan de Dios una claridad momentánea. Caminaba detrás de los demás, sintiendo la tierra húmeda bajo sus zapatos, cuando un pensamiento lo atravesó como un relámpago: ¿y si Dios no tenía un plan predeterminado para él? ¿Y si todo lo que buscaba era que fuera honesto consigo mismo? La idea era liberadora y aterradora a la vez.

Cuando regresaron al salón de reuniones, encontraron al sacerdote responsable del retiro sentado frente a una mesa improvisada. Lo llamaban el Hermano Miguel, y había una serenidad profunda en él, algo que no venía de una obligación, sino de una convicción madura, casi humana en su simplicidad.

—¿Alguien quiere compartir algo? —preguntó.

Juan de Dios sintió que el corazón le latía con fuerza. Levantó la mano.

—Yo… —comenzó—. Yo no sé si la voz que escucho es de Dios o de mi madre.

Hubo un murmullo suave entre los presentes. El Hermano Miguel lo miró con atención.

—¿Y cómo suenan esas voces? —preguntó.

Juan de Dios tragó saliva.

—La de mi madre suena firme. Segura. Como si no hubiera duda de lo que yo debo hacer. La de Dios… —hizo una pausa—. No sé si la escucho realmente. A veces es silencio. O un pensamiento que podría ser mío.

El Hermano Miguel asintió con suavidad.

—La voz de Dios no siempre se distingue con claridad. Y muchas veces se confunde con otras voces que quieren lo mejor para nosotros. Lo importante es aprender a discernir cuál de esas voces respeta tu libertad.

Juan de Dios sintió que algo dentro de él se tensaba.

—¿Y si la voz que he escuchado toda mi vida no es de Dios? —preguntó, casi en un susurro.

—Entonces —respondió el Hermano Miguel—, tendrás que aprender a escuchar la tuya con más valor. Dios no habla para imponer. Habla para acompañar. El que impone suele ser humano.

Aquellas palabras se quedaron grabadas en la mente de Juan de Dios como un golpe suave, pero determinante. Por primera vez escuchaba a alguien decir algo que nunca antes había permitido siquiera pensar: que la voz de Dios podía no ser la que había dirigido su vida desde niño, que era posible que hubiese confundido obediencia con destino.

Ese mismo día, durante la hora de descanso, escribió en una libreta algunas frases sueltas: "¿La voz de Dios o la voz de mi madre?", "libertad para elegir", "el silencio también es respuesta". Miró esas palabras con una mezcla de miedo y alivio. Las subrayó, las volvió a leer, sintió que algo en su pecho se aflojaba por primera vez en años.

El domingo por la tarde, al volver a casa, su madre lo recibió con la sonrisa luminosa de siempre, convencida de que el retiro lo habría acercado aún más al sacerdocio. Juan de Dios sintió una punzada de culpa.

—¿Cómo te fue, hijo? —preguntó ella.

—Bien, mamá —respondió él, esforzándose por mantener la naturalidad.

—¿Sentiste algo? ¿Alguna confirmación del Señor?

Él dudó un segundo.

—Sentí… que necesito escuchar más.

La madre interpretó esa frase a su manera, creyendo que se refería a la escucha de Dios. Le acarició la mejilla con ternura.

—Eso es bueno, hijo. La escucha es el primer paso de la obediencia.

Pero en su interior, Juan de Dios sabía que esa frase significaba otra cosa: que necesitaba escucharse a sí mismo por primera vez, sin miedos, sin

expectativas ajenas, sin confundir el cariño materno con un mandato divino.

Esa noche, mientras rezaba frente al altar doméstico, comprendió algo esencial: que entre la voz de Dios y la de su madre existía un territorio silencioso que él tenía derecho a recorrer. Un territorio donde su libertad comenzaba a abrir los ojos.

Y aunque el camino aún era incierto, por primera vez sintió que tenía derecho a caminarlo.

CAPÍTULO 5

El Umbral del Seminario

El párroco de la comunidad, el padre Anselmo, había sido desde la infancia de Juan de Dios una figura que encarnaba, sin proponérselo, la imagen misma del sacerdocio. Para el niño que ayudaba en el altar, aquel hombre de voz grave, caminar pausado y manos siempre tibias representaba una mezcla de autoridad y consuelo, una certeza en un mundo que a menudo parecía confuso. Pero la adolescencia y sus luces imprevistas comenzaron a revelar fisuras en esa figura antes inquebrantable. Juan de Dios descubrió que detrás de las sotanas y las homilías había un hombre cansado, un ser que también lidiaba con dudas, irritaciones y fragilidades que él, desde su ingenuidad, jamás habría imaginado.

En los meses que siguieron al retiro juvenil, Juan de Dios comenzó a observarlo con una atención distinta, una especie de vigilancia silenciosa en la que buscaba pistas que definieran con claridad aquello que tanto deseaba comprender: qué significaba realmente ser sacerdote. No el ideal del catecismo ni las imágenes luminosas de los santos, sino el ejercicio real del ministerio, ese que se llevaba a cabo entre la fatiga diaria, los compromisos rutinarios y las contradicciones humanas.

La parroquia se volvía un segundo hogar después de la escuela. Juan de Dios llegaba antes de las misas vespertinas para ayudar a preparar el altar, acomodar las flores y organizar los misales. El padre Anselmo siempre estaba ahí, revisando documentos, atendiendo a los feligreses que pedían consejería o escuchando confesiones en un rincón del templo. Pero había empezado a mostrar una sombra en la mirada, un gesto huidizo que se acentuaba al final del día, cuando la iglesia quedaba casi vacía y él permanecía sentado en la sacristía, mirando sus manos como si buscaran en ellas alguna respuesta.

Juan de Dios notaba también otros detalles: la manera en que el padre Anselmo apartaba la vista cuando una mujer joven le hablaba, el tono áspero con que a veces respondía a feligreses que lo buscaban demasiado tarde en la noche, la forma en que cerraba los ojos durante las oraciones como si luchara contra algo invisible. Estos gestos eran

pequeños, pero para alguien que lo observaba tan de cerca, resultaban reveladores. No eran señales de santidad conquistada, sino de batallas internas que nunca terminaban del todo.

Una tarde, mientras acomodaban juntos las vinajeras, el padre Anselmo dejó escapar un suspiro más largo de lo habitual. Juan de Dios lo miró sin saber si debía preguntar algo. Finalmente, el párroco habló sin apartar la vista de la mesa.

—A veces el ministerio pesa —dijo—. Uno cree estar preparado para cargar con todo, pero la vida siempre encuentra maneras de recordarle que seguimos siendo humanos.

Juan de Dios sintió que esa confesión abría una puerta inesperada.

—¿Y qué se hace cuando pesa demasiado? —preguntó.

El sacerdote lo miró con una mezcla de sorpresa y ternura.

—Se sigue adelante —respondió—. No por obligación, sino por fidelidad. No siempre a uno mismo, sino a lo que uno prometió.

Aquellas palabras resonaron con una ambigüedad inquietante. Juan de Dios se preguntó qué significaba ser fiel cuando el corazón tenía deseos que no encajaban con lo prometido. Se preguntó, también, si el padre Anselmo hablaba desde una experiencia concreta o desde una teoría aprendida en el seminario.

Lo que Juan de Dios no podía saber, aunque comenzaba a intuirlo, era que la vida del padre Anselmo también estaba atravesada por silencios y renuncias. Los rumores que circulaban entre las señoras del barrio eran leves, casi murmullos: que el padre Anselmo había tenido un amor antes de ingresar al seminario; que la renuncia a esa relación lo había marcado profundamente; que había noches en que su voz temblaba durante la misa porque el recuerdo volvía. Juan de Dios no quería creer en esos rumores, pero una parte de él los observaba como quien examina un espejo donde podría reflejarse su propio futuro.

Una tarde de domingo, después de la misa mayor, el padre Anselmo le pidió que lo acompañara a guardar unos objetos litúrgicos en la bodega. Era una habitación pequeña y oscura, donde se acumulaban cajas antiguas, estandartes en desuso y algunos libros que nadie había consultado en décadas. El aire olía a humedad y a papel viejo. Mientras el sacerdote colocaba unos manteles en un estante alto, una caja cayó al suelo, desparramando algunos objetos. Juan de Dios se agachó a recogerlos y entonces vio algo que le llamó la atención: un cuaderno de tapas negras, gastado, con una cinta roja como separador.

—No abras eso —dijo el padre Anselmo de inmediato, con un tono que sorprendió incluso a él mismo.

Juan de Dios se quedó inmóvil, sosteniendo el cuaderno.

—Perdón —murmuró—. No sabía que era algo importante.

El sacerdote tomó el cuaderno con rapidez, como si temiera que su contenido pudiera escapar.

—Son… notas antiguas —dijo, suavizando el tono—. Cosas personales.

La palabra "personales" adquirió en ese instante un peso que Juan de Dios no supo explicar del todo. No preguntó más. Pero algo en la mirada del padre Anselmo —una mezcla de nostalgia y angustia— se le quedó grabado con intensidad.

En los días siguientes, Juan de Dios no podía quitarse de la mente esa imagen del sacerdote aferrando el cuaderno negro. Se preguntaba qué historias escondía, qué conflictos, qué emociones. Porque entendía, de algún modo, que ese cuaderno era una prueba silenciosa de que incluso los sacerdotes tenían un interior que no siempre coincidía con lo que predicaban.

Esa curiosidad lo llevó a observar más de cerca no solo al padre Anselmo, sino a otros sacerdotes que visitaban la parroquia. Notó en ellos diversas formas de llevar el ministerio: algunos con alegría genuina, otros con una resignación casi visible, algunos con una paz profunda, otros con una irritación apenas contenida. Y comprendió que el sacerdocio no producía un solo tipo de hombre, sino que revelaba lo que cada uno llevaba dentro, amplificándolo bajo el peso de la sotana.

El padre Anselmo comenzó también a observar a Juan de Dios con una atención distinta. No era desconfianza ni distancia, sino una especie de cuidado silencioso. Como si viera en él un reflejo de sí mismo a una edad lejana. O como si quisiera protegerlo de algún dolor que él todavía no podía nombrar.

Una tarde, cuando el templo estaba vacío y el sol entraba por los vitrales con un brillo anaranjado, el sacerdote le habló con una franqueza inesperada.

—Juan —dijo, con voz baja—, ser sacerdote no es solo un acto de fe. Es también una renuncia constante. Y no todos están preparados para esa renuncia.

Juan de Dios lo escuchó con el corazón acelerado.

—¿Renuncia a qué? —preguntó.

El padre Anselmo esbozó una sonrisa triste.

—A muchas cosas —respondió—. A una vida propia, a la posibilidad del amor humano, a la compañía, al cuerpo, a los sueños que nacen sin permiso. Todo eso se entrega por un bien mayor. Pero ese bien no siempre consuela.

Juan de Dios sintió un escalofrío. Nunca antes había escuchado al párroco hablar de esa manera, con una honestidad que parecía venir de un lugar profundo, quizá incluso doloroso. Y comprendió que detrás de esa renuncia había un conflicto que el sacerdote había aprendido a llevar en silencio.

El padre Anselmo continuó.

—No te digo esto para desanimarte. Al contrario. Te lo digo porque una vocación auténtica es aquella que se elige con los ojos abiertos, no por imposición ni por miedo. Y sobre todo, no por cumplir expectativas ajenas.

Hubo un silencio largo. El sonido lejano de un auto que pasaba por la calle se coló por la ventana abierta.

—¿Y si uno no está seguro? —preguntó Juan de Dios, con voz temblorosa.

El sacerdote extendió la mano y le dio una palmada suave en el hombro.

—Entonces espera —respondió—. Dios no se ofende por la duda. Solo por la mentira.

Aquellas palabras lo acompañaron durante semanas. Juan de Dios comenzó a mirar su vida con una mezcla de esperanza y temor, consciente de que el camino hacia el sacerdocio ya no era una línea recta dictada por la madre, sino un terreno sinuoso donde cada paso exigía una sinceridad que nunca antes había tenido que practicar.

Esa sinceridad lo llevó a una conclusión que lo sorprendió incluso a él mismo: que admiraba al padre Anselmo, pero no quería su vida. Que respetaba su entrega, pero le asustaba su soledad. Y que, aunque había buscado durante años una señal divina que le hablara con claridad, lo que encontraba una y otra vez era una voz silenciosa que parecía decirle que no tenía que apresurarse.

Esa voz, envuelta en la tibieza del atardecer que se filtraba por los vitrales, sería la primera vez que Juan de Dios reconocería con claridad una intuición profunda, casi sagrada: que Dios podía estar hablándole no para empujarlo al sacerdocio, sino para mostrarle que tenía derecho a preguntarse si ese era realmente su camino.

Y en ese umbral entre la fe heredada y la libertad que apenas comenzaba a vislumbrar, Juan de Dios supo que su decisión, fuera cual fuera, tendría que nacer de él mismo.

CAPÍTULO 6

Reglas, hábitos y secretos

La transición hacia el final de la adolescencia trajo consigo un despertar que Juan de Dios jamás habría imaginado en los años de infancia, cuando su mundo era un lugar ordenado y la voluntad divina parecía abarcarlo todo con una claridad incuestionable. Aquella etapa se anunció con señales imprecisas: un sobresalto al ver a una muchacha pasar frente a él, un estremecimiento involuntario provocado por el roce casual de un brazo, un calor inexplicable que lo acompañaba en las noches y que no lograba disiparse en la oración. Nada de eso cabía en las palabras que había aprendido en la parroquia ni en las lecciones de catecismo; nada

de eso pertenecía al universo controlado que su madre había levantado como un altar alrededor de su vida.

La primera vez que sintió el cuerpo como un territorio que exigía ser escuchado ocurrió sin advertencia, una madrugada de verano en la que la ciudad parecía suspendida en un silencio espeso. Juan de Dios despertó sobresaltado, con el pulso acelerado y el cuerpo transformado por una energía que desconocía. Había soñado con una presencia tibia que se acercaba a él, un rostro difuso que lo miraba con una dulzura distinta a la religiosa, una mano que se posaba sobre la suya con una suavidad que lo desarmaba. No era Mariana, ni ninguna compañera de la escuela; era un rostro inventado, quizá la mezcla de varios, quizá un símbolo más que una persona. Lo que más lo desconcertó no fue la imagen, sino la intensidad con que su cuerpo había respondido.

Se sentó en la cama, respirando con dificultad, sintiéndose culpable y confundido. Intentó rezar un padrenuestro, pero las palabras se le atoraron en la garganta. No sabía si Dios lo estaba castigando o si simplemente no tenía nada que decirle. El crucifijo sobre la cabecera parecía observarlo, no con severidad, sino con un silencio tan denso que lo hacía sentir completamente desnudo.

Durante varios días evitó mirar a los ojos de su madre, como si ella pudiera adivinarlo todo con una sola observación. A los diecisiete años, ese cuerpo que siempre había tratado como un instrumento de devoción se rebelaba con impulsos propios, con demandas que no entendía. En la escuela, el deseo lo asaltaba de pronto, inesperadamente, al ver la curva del cuello de una compañera o el modo en que una muchacha reía inclinando la cabeza hacia atrás. En la parroquia, el mismo impulso se volvía más perturbador, porque surgía cuando menos debía hacerlo, como una sombra que lo acompañaba aunque él intentara expulsarla con fervor.

Comenzó a sentir que su cuerpo era un enemigo, una traición constante a la pureza que se esperaba de él. Cada pensamiento involuntario se convertía en un motivo de culpa. Cada sueño nocturno era un campo de batalla donde perdía una y otra vez. Intentaba compensar esa «debilidad» con oraciones más largas, con ayunos que su madre celebraba como signos de santidad, con horas extra de servicio en la parroquia. Pero nada funcionaba. El cuerpo seguía hablando con una voz que no se dejaba acallar.

Una tarde, mientras ayudaba al padre Anselmo a ordenar los libros del despacho parroquial, la proximidad del sacerdote le generó un desconcierto que no supo explicar. No era deseo, pero tampoco era indiferencia. Era una conciencia repentina de la corporalidad del otro, algo que jamás había experimentado con tanta intensidad. El padre Anselmo, concentrado en ordenar unos documentos, no notó la perturbación del muchacho. Juan de Dios, en cambio, se sintió invadido por una vergüenza punzante, como si el simple hecho de reconocer un

cuerpo ajeno fuera una traición al ideal al que había aspirado durante tantos años.

Esa noche, atormentado por el recuerdo del retiro y las palabras del Hermano Miguel sobre la importancia de escuchar la propia voz, se encerró en el patio y se recostó boca arriba para mirar el cielo. La noche estaba despejada, y las estrellas parecían dibujar un mapa que él no sabía interpretar. Intentó respirar con calma, sintiendo cómo el aire entraba en su pecho como un alivio momentáneo.

—¿Por qué me hiciste así? —murmuró al cielo, sin saber si hablaba con Dios, con su propio cuerpo o con un silencio insondable.

Su padre lo encontró así, tendido en el piso, mirando las estrellas como si buscara en ellas una respuesta.

—¿No puedes dormir? —preguntó con suavidad.

Juan de Dios se incorporó despacio.

—Solo… pienso.

El padre se sentó a su lado. Estuvieron en silencio unos minutos, escuchando el canto lejano de un perro y el murmullo leve del vecindario.

—A veces la vida cambia más rápido de lo que uno puede entender —dijo el padre al fin—. Y el cuerpo cambia también. No te asustes por eso.

Juan de Dios sintió que el corazón le golpeaba el pecho.

—Papá… —dijo sin mirarlo—. ¿Es pecado sentir cosas? Cosas que uno no controla.

El padre respiró hondo.

—Sentir no es pecado. Lo que uno hace con lo que siente… eso ya es otra historia. Pero sentir forma parte de estar vivo.

—Mamá dice que…

—Tu madre habla desde su fe —lo interrumpió con suavidad—. Y su fe es grande. Pero no siempre comprende que hay cosas que un muchacho debe descubrir por sí mismo.

Juan de Dios se quedó en silencio, sorprendido por la franqueza de su padre. Había una calma en sus palabras que contrastaba con la intensidad de su madre. Mientras ella buscaba respuestas en Dios, él parecía encontrarlas en la humanidad.

—Papá… ¿cómo supiste que amabas a mamá? —preguntó de pronto.

El padre sonrió con un gesto cansado pero sincero.

—Lo supe porque ella me hacía sentir feliz, incluso cuando la vida era dura. Y porque había algo en mí que se inclinaba hacia ella sin que yo tuviera que obligarlo. El amor no llega por mandato divino, hijo. Llega porque uno se rinde a él.

Juan de Dios sintió una punzada en el estómago, como si aquella frase tocara un hilo muy profundo de su historia. El amor como rendición. No como mandato. No como imposición.

—¿Y si uno tiene miedo? —preguntó.

—Todos tenemos miedo —respondió el padre—. Pero el miedo no tiene por qué decidir por ti.

Esa conversación se quedó grabada en la memoria de Juan de Dios como una luz pequeña pero constante. Su padre, con pocas palabras, le había dado permiso para ser humano. Un permiso que su madre, con toda su devoción, nunca había considerado necesario otorgar.

Los días siguientes fueron un vaivén entre las responsabilidades de la escuela, las tareas en la parroquia y la confusión creciente que lo acompañaba a cada hora. Su madre, atenta a cualquier anomalía en su comportamiento, comenzó a notarlo distante, menos entusiasta en el altar, más ausente durante las oraciones nocturnas.

—¿Te pasa algo, hijo? —preguntó una noche mientras recogían la mesa.

Juan de Dios negó con la cabeza.

—Estoy bien, mamá.

—¿Seguro? Te siento cambiado.

Él evitó mirarla.

—Estoy creciendo —respondió, sin saber cómo explicar algo que ni él mismo entendía del todo.

La madre interpretó ese comentario como un signo de resistencia y comenzó a intensificar sus vigilias nocturnas frente al altar, pidiendo por la protección espiritual de su hijo. Juan de Dios, al ver esas escenas desde la puerta del dormitorio, sentía una mezcla de ternura y culpa: ternura por la devoción de su madre, culpa porque su corazón ya no respondía con el mismo fervor.

El punto de inflexión llegó una tarde en que la parroquia organizó una actividad para jóvenes. Mariana asistió después de varios meses de distancia involuntaria. Fue como si la adolescencia entera se condensara en el instante en que sus miradas se cruzaron. Ella había cambiado también: era más mujer que niña, con una seguridad que contrastaba con la confusión de Juan de Dios.

—Hola —dijo ella al acercarse—. Hace mucho que no hablamos.

Juan de Dios sintió que se le desordenaba la respiración.

—Sí… he estado ocupado.

Mariana sonrió.

—Siempre estás ocupado en la iglesia. ¿Te gusta?

Él dudó.

—A veces.

—Y otras veces no —completó ella, sin esperar respuesta.

Juan de Dios sintió un vértigo. Era como si alguien hubiera dicho en voz alta una verdad que él no se había atrevido siquiera a formular.

La conversación duró apenas unos minutos, pero el efecto se prolongó durante días. Esa noche, al recostarse en la cama, el cuerpo volvió a hablarle con la misma intensidad de la madrugada de verano. Ya no era un impulso difuso, sino la conciencia clara de un deseo que parecía tener nombre, rostro y una sonrisa que iluminaba la memoria.

Se cubrió el rostro con las manos, sintiendo que su vida entera se partía en dos: la que su madre esperaba que viviera y la que su cuerpo comenzaba a exigirle.

En esa tensión, aún sin saberlo, Juan de Dios estaba dando su primer paso irrevocable hacia el conflicto mayor de su adultez: la imposibilidad de separar por completo la voz de Dios de la voz del cuerpo, y la sospecha creciente de que la verdadera libertad tal vez nacía justo allí donde ambas voces se oponían.

CAPÍTULO 7

La historia que nunca le contaron

El final de la preparatoria llegó para Juan de Dios como un amanecer que se abre paso lentamente entre los restos de una noche turbulenta. No había en él la alegría ligera que sus compañeros mostraban al hablar de universidades, viajes, fiestas o primeros empleos; tampoco el desinterés desafiante de quienes fingían no preocuparse por el futuro. En su caso, el futuro no era un territorio abierto, sino un pasaje estrecho que todos parecían señalarle con insistencia, un corredor en cuyo extremo se erguía el seminario como la única puerta legítima para alguien con su historia. Pero él, que siempre había obedecido sin cuestionar, comenzó a resentir la idea de que aquella decisión, que debía ser íntima, libre y profunda, se hubiera convertido en una expectativa colectiva antes incluso de que él pudiera nombrarla.

Los exámenes finales pasaron sin contratiempos. Sus profesores lo querían por ser responsable, callado y atento. Sus compañeros, aunque seguían viéndolo como una figura peculiar, ya no se burlaban de él con la misma facilidad. Había en su mirada una madurez extraña, una sombra de preocupación que ellos no alcanzaban a comprender pero que los llevaba a tratarlo con cierta distancia respetuosa. Juan de Dios, sin embargo, sentía que caminaba con el corazón dividido entre dos mundos que se volvieron incompatibles justo cuando debía elegir uno.

Una tarde, al salir de la escuela con el certificado de estudios en la mano, vio a su madre esperándolo frente a la parroquia. Ella llevaba una blusa blanca impecable y el cabello recogido con una pulcritud que delataba su emoción. Cuando lo vio acercarse, alzó el brazo y lo llamó por su nombre

con una alegría que desentonaba con la gravedad que él sentía en el pecho.

—Hijo —dijo, abrazándolo—, estoy tan orgullosa de ti. Ya estás listo para el siguiente paso.

Juan de Dios sabía cuál era ese "siguiente paso". La inscripción al seminario comenzaba en dos semanas. Había escuchado al párroco hablar de ello con su madre en más de una ocasión. Había visto los folletos sobre vocaciones sacerdotales aparecer en la mesa del comedor con frecuencia creciente. Y había sentido cómo el ambiente de su casa, ya de por sí cargado de símbolos religiosos, adquiría una expectación nueva que lo hacía sentir observado incluso en el silencio.

—Mamá —dijo con voz baja—, aún no he decidido.

Ella se apartó apenas, con una sonrisa que buscaba animarlo.

—Hijo, no tienes que decidir. Dios ya decidió por ti.

Carlos —porque así se llamaba su padre, aunque casi nadie usaba su nombre de pila— observaba la escena desde la puerta de la casa. No intervino, pero había en su postura un cansancio antiguo, una mezcla de resignación y preocupación. Cuando Juan de Dios entró, él le dio una palmada en la espalda.

—Felicidades, hijo —dijo—. Eso del diploma… es un logro.

Juan de Dios sonrió apenas. Su padre lo miró con detenimiento.

—¿Qué tienes? —preguntó—. No pareces contento.

—Estoy cansado —respondió él—. Nada más.

Pero Carlos sabía que el cansancio de su hijo no era físico. Había visto ese gesto en él muchas veces: cuando la presión de su madre se volvía insoportable, cuando las expectativas se apilaban sobre sus hombros como piedras. Aquella noche, mientras la madre preparaba la cena tarareando un himno religioso, el padre se sentó frente a Juan de Dios y habló con una gravedad que pocas veces mostraba.

—No permitas que nadie decida por ti —dijo—. Ni siquiera nosotros.

Juan de Dios levantó la vista.

—Es que no quiero decepcionarla.

—No viniste al mundo para cumplir los sueños de tu madre —continuó el padre, con suavidad pero con firmeza—. Viniste para vivir tu vida. Puedes quererla y respetarla sin sacrificarte.

La conversación quedó flotando en el aire, pero la madre, ocupada en sus rituales habituales, no percibió la tensión. Para ella, el destino de su hijo estaba escrito con una claridad irrefutable: sería sacerdote, y esa certeza iluminaría el orgullo de la familia y el servicio a Dios.

Los días que siguieron estuvieron marcados por un silencio espeso. La madre empezó a reunir papeles, certificados de bautizo, constancias

parroquiales, fotografías que mostraban a Juan de Dios como monaguillo. Preparó un pequeño portafolio como quien prepara una ofrenda solemne. Él la observaba hacerlo con un nudo en la garganta, incapaz de detenerla, incapaz de seguirle el paso con entusiasmo.

El padre, en cambio, se mantenía cerca de su hijo como una presencia discreta. No le daba discursos, pero tampoco se mantenía al margen. Compartía con él pequeños silencios, miradas que lo invitaban a reflexionar sin miedo. A veces, al final de la cena, se quedaban tomando café en la mesa mientras la madre rezaba el rosario en la sala. Fue en una de esas noches cuando Carlos le dijo algo que marcaría profundamente al joven.

—La fe es un camino, hijo. Pero no todos los caminos de fe conducen al sacerdocio. Ser hombre de Dios no exige sotana.

Esa frase, simple y poderosa, se incrustó en él como una semilla que aguardaba la estación precisa para germinar.

Fue entonces cuando reapareció Mariana en su vida, no como la adolescente que lo había confundido en el pasado, sino como una joven que irradiaba confianza y libertad. La encontró por casualidad en una librería del centro, mientras él buscaba un cuaderno para empezar un diario, quizá por sugerencia del Hermano Miguel. Ella estaba hojeando un libro de literatura extranjera cuando levantó la vista y lo reconoció.

—Juan —dijo con una sonrisa cálida—. Qué sorpresa.

Él sintió un vuelco en el pecho.

—Hola, Mariana.

Ella se acercó con la facilidad de quien ya ha aprendido a habitar el mundo sin miedo.

—¿Cómo has estado? Supe que terminaste la prepa. Felicidades.

Juan de Dios bajó la mirada.

—Gracias.

—¿Y ahora qué harás? —preguntó ella con naturalidad.

Él dudó.

—No lo sé.

Mariana lo miró con atención.

—¿No lo sabes? —repitió—. Eso no te lo había visto nunca. Tú siempre parecías tenerlo claro.

Juan de Dios soltó una breve risa, casi amarga.

—Eso creían todos.

Durante unos minutos, caminaron juntos entre los estantes, cada uno hojeando libros sin demasiada concentración. Había una tensión suave entre ellos, algo que no era deseo inmediato ni nostalgia, sino una

distancia que se reducía poco a poco sin que ninguno de los dos lo advirtiera del todo.

—Yo también pensé que sabía quién era —confesó Mariana de pronto—. Pero no. A veces uno se descubre distinto cuando empieza a escuchar su propia voz.

La frase resonó en Juan de Dios como un eco del retiro, del Hermano Miguel, de las conversaciones con su padre. La miró con un asombro silencioso.

—¿Y tú has escuchado la tuya? —preguntó él.

Mariana sonrió.

—Estoy aprendiendo.

Juan de Dios sintió algo que no tenía nombre, algo que no era pasión repentina ni simple atracción, sino la sensación de estar frente a alguien que entendía su conflicto sin necesidad de conocerlo. Al despedirse, ella tocó su brazo con una delicadeza inesperada.

—No tienes que decidir hoy —dijo—. El mundo no se acaba mañana.

Él la observó alejarse y sintió una claridad repentina, como si una ventana se abriera en su interior: había caminos fuera del templo, voces más allá de la voz materna, futuros que no exigían renunciar al amor, al cuerpo, a la alegría.

La fecha de inscripción al seminario llegó sin que él pudiera evitarlo. La madre preparó todo con solemnidad. Incluso planchó con esmero una camisa especial que había comprado para ese día. Juan de Dios se la probó frente al espejo y sintió que la tela le pesaba sobre los hombros como un mandato. Salieron de la casa poco antes de las diez de la mañana. Él caminaba a su lado con pasos lentos, tratando de ganar tiempo sin saber para qué.

El padre los observó alejarse desde la puerta. No dijo nada. Pero en su silencio había una súplica muda.

Cuando llegaron al seminario, un edificio antiguo de muros claros y jardines impecables, Juan de Dios sintió que el aire se volvía más denso. Su madre caminaba con paso firme, convencida de estar cumpliendo una misión sagrada. Él, en cambio, sentía que cada paso lo alejaba de sí mismo.

Fue en ese instante, justo antes de cruzar la entrada principal, cuando una voz interior —no la de su madre, no la del párroco, no la del Hermano Miguel— lo detuvo. Era una voz tenue pero firme, un susurro que emergió desde un rincón profundo de su conciencia.

"No entres todavía. No así. No por miedo. No por culpa."

Se quedó quieto. La madre avanzó dos pasos sin notar que él se había detenido. Cuando volteó, su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué haces, hijo? —preguntó con inquietud—. Tenemos que entrar.

Juan de Dios respiró hondo. Por primera vez en su vida sintió que la respuesta no podía postergarse.

—Mamá —dijo con un temblor en la voz—, aún no estoy listo.

La madre abrió los labios, incrédula.

—¿Qué dices, Juan? Este es tu destino.

—Quiero… —la voz se le quebró—. Quiero pensar más. Escucharme. Comprender.

Ella dio un paso hacia él, con los ojos llenos de angustia.

—Hijo, no confundas las tentaciones con la voluntad de Dios. No cometas un error.

Él sintió el corazón desbocado, pero también una fuerza nueva que no sabía de dónde venía.

—No es tentación, mamá —dijo—. Es mi vida.

La madre quedó inmóvil, herida por aquellas palabras como si fueran una traición. Juan de Dios no sabía cómo consolarla, pero sabía que cruzar esa puerta sin convicción sería una mentira.

El padre apareció detrás de ellos, sin haber avisado que los seguiría. Se colocó junto a su hijo y puso una mano sobre su hombro.

—Si no estás listo —dijo—, volvamos a casa.

La madre lo miró con desolación.

—Pero es su vocación.

—Será su vocación solo si él la elige —respondió el padre, con una serenidad que no admitía discusión.

Juan de Dios sintió entonces, por primera vez, que tenía permiso para ser libre.

Y aunque no sabía qué vendría después, supo con certeza que aquella mañana no era el final de un camino, sino el comienzo real de su propia voz.

CAPÍTULO 8

La Vida Posible

El día en que Juan de Dios se negó a cruzar el umbral del seminario no terminó en una explosión, sino en una resaca silenciosa que se instaló en la casa como un olor difícil de disipar. La escena fue breve: su madre dos pasos adelante, el edificio claro del seminario esperándolos, y él detenido a mitad del camino, diciendo con una voz que no parecía la suya que todavía no estaba listo. Lo verdaderamente largo vino después, cuando tuvieron que aprender a vivir con lo que esas palabras habían abierto.

Los primeros días fueron una sucesión de pequeños gestos cargados de significado. La madre dejó de llamarlo "mi futuro sacerdote". Esa

ausencia de título se convertía en un hueco palpable en cada frase. Hablaba de él como de "mi hijo", a secas, con una suavidad casi distante. Pasaba más tiempo de rodillas frente al altar de la sala, y alguna vez Juan de Dios creyó escuchar su nombre mezclado entre súplicas.

Él intentaba moverse por la casa con discreción, sin hacer ruido. Pero su sola presencia, sin sotana ni seminario ni plan definido, parecía desencajar todo. El padre, en cambio, se comportaba como si nada fuera extraordinario. Lo felicitó con naturalidad por haber terminado la preparatoria, habló de trabajos posibles, mencionó la idea de estudiar algo técnico.

—Puedes venir conmigo al taller unos días —le propuso una tarde—. Para ver si te gusta. Ver cómo es esto de ganarse el pan con las manos.

Juan de Dios aceptó más por huir del encierro que por verdadero interés. El taller estaba lleno de autos viejos, grasa acumulada y hombres que hablaban a gritos. El olor a aceite quemado le produjo al principio un rechazo casi físico. Pero al cabo de unas horas, cuando vio a su padre desmontar con paciencia el motor de un coche y volver a armarlo, sintió una forma de respeto que nunca antes había experimentado.

En el taller no había altares ni imágenes ni discursos sobre la voluntad de Dios. Lo que había eran problemas concretos que se resolvían con herramientas precisas. Nadie le preguntó si pensaba ser sacerdote, nadie lo llamó "elegido". Le pidieron, simplemente, que alcanzara llaves, que sostuviera una lámpara, que barriera el piso.

Aquel cansancio concreto, hecho de sudor y de polvo, lo dejó extrañamente tranquilo. Por primera vez en muchos años se durmió sin repasar mentalmente lo que otros esperaban de él. Al despertar, se dio cuenta de que en el sueño no había aparecido ningún altar.

La madre no veía con buenos ojos aquellas visitas al taller.

—No quiero que se acostumbre a la comodidad del mundo —dijo una tarde—. El sacrificio de Dios es más grande.

El padre sonrió con cierta ironía.

—No hay mucha comodidad en levantar motores todo el día.

Ella apretó los labios.

—Sabes a qué me refiero.

Juan de Dios comía en silencio, sintiendo cómo la conversación lo atravesaba sin que nadie le hablara directamente.

Fue en medio de esa tensión cuando reapareció Mariana en su vida. La encontró un sábado por la mañana, en la librería del centro. Ella estaba en la sección de novelas, con un libro abierto entre las manos.

—Juan —dijo, acercándose—. Pensé que ya te habías metido a un monasterio en el cerro.

Él rio.

—Estuve a punto. Pero me quedé en la puerta.

Ella levantó una ceja.

—Eso suena interesante. ¿Y qué había del otro lado de la puerta para que te quedaras acá?

Caminaron juntos entre los estantes. Poco a poco, Juan de Dios comenzó a contarle la historia del día del seminario, el peso de las expectativas, el silencio de la madre.

—Siento que todos hablaron por mí durante mucho tiempo —dijo al final —. Yo repetía lo que ellos decían. El día que me tocó hablar a mí… solo pude decir que no.

Mariana lo miró con atención.

—A veces decir que no es la primera vez que uno se escucha —dijo—. Aunque duela.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Ya sabes qué vas a hacer?

—Tengo ideas. Quiero estudiar algo relacionado con literatura. O con historia. Mis papás no están encantados, pero tampoco se sienten dueños de mi vida.

"Dueños de mi vida". La expresión le quedó rebotando en la mente.

—Tus papás tienen suerte —dijo sin pensar.

Mariana sonrió. Antes de despedirse, puso el libro en sus manos.

—Llévatelo. Hay un personaje que no sabe qué hacer con lo que los demás esperan de él. Te va a caer bien.

—Te lo devuelvo cuando lo acabe.

—No hay prisa —respondió ella—. Tampoco con eso.

El libro se convirtió en un objeto extraño en su cuarto. Lo abrió una noche, con cierta desconfianza. Encontró una historia donde nadie hablaba en nombre de Dios, donde los personajes cometían errores, se arrepentían, cambiaban de opinión, y aun así seguían siendo dignos de respeto. Cuando cerró el libro, de madrugada, sintió que había visitado un mundo en el que tal vez él también podía existir sin traicionarse.

Los encuentros con Mariana se repitieron, al principio por casualidad, después con una deliberación que ninguno de los dos se atrevió a confesar. Un café compartido, una caminata corta por las calles del centro, una conversación en un parque. No hubo declaraciones ni promesas; lo que había era una presencia que lo hacía sentirse menos solo dentro de sus propias preguntas.

En casa, la madre percibió de inmediato el cambio.

—Sales mucho últimamente —comentó una tarde.

—Voy al centro. A veces con un amigo. A veces solo.

Ella apretó la aguja entre los dedos.

—Ten cuidado con el mundo, hijo. Allá afuera hay muchas voces.

—Aquí adentro también —respondió él, con una suavidad que no llegó a disimular del todo la crítica.

La madre levantó por fin la vista. Lo miró largo rato, pero no dijo nada.

El padre observaba esos cambios con una discreta satisfacción.

—Lo importante —le dijo una noche— es que lo que hagas lo hagas despierto. Sin engañarte.

—¿Y si me equivoco?

—Te equivocarás. Todos lo hacemos. Pero al menos serán tus errores.

La frase, lejos de asustarlo, le produjo un extraño alivio.

El párroco recibió la noticia de la no entrada al seminario con una mezcla de decepción y resignación.

—Dios tiene sus tiempos —dijo—. A veces los jóvenes necesitan pasar por el desierto antes de responder al llamado.

Juan de Dios sintió que aquella interpretación volvía a colocar su vida dentro de un libreto que otros escribían. Asintió, por respeto, pero por dentro se resistía.

Los meses siguientes consolidaron algo que comenzaba a tomar forma: la idea de que la vida posible no era solo la que su madre le había descrito. Había otra, hecha de trabajo, de libros, de conversaciones con Mariana, de silencios compartidos con su padre. Una vida donde Dios no desaparecía, pero dejaba de ser el pretexto para anular su propia voz.

Una tarde, sentado en el patio, con el libro de Mariana cerrado sobre las rodillas, se sorprendió pensando que quizá, algún día, podría volver a considerar el seminario. No como una huida del mundo, ni como un homenaje a los sueños de su madre, sino como una decisión tomada desde un lugar más honesto. La idea no lo asustó. Tampoco lo consoló. Simplemente se quedó ahí, como una posibilidad entre otras.

Sonrió, sin darse cuenta. Por primera vez, el futuro no era un túnel que desembocaba en una sola puerta, sino un corredor con varias salidas. Algunas lo llevaban hacia la parroquia, otras hacia un taller lleno de ruido, otras hacia una mesa de café donde Mariana lo esperaba con un libro en la mano. No sabía cuál elegiría. Pero por primera vez sintió que elegiría él.

Esa noche, cuando la madre se dispuso a rezar el rosario, él se acercó y se arrodilló a su lado, no por costumbre, sino por un impulso tranquilo.

—Sigo creyendo en Dios, mamá —dijo antes de que ella empezara—. Solo estoy aprendiendo a creer también en mí.

Ella apretó los labios, y por un momento pareció a punto de llorar. No lo hizo. Comenzó a rezar con voz temblorosa, y Juan de Dios la acompañó, no como el niño que repite fórmulas, sino como el joven que empieza a

sospechar que la fe más profunda no es la que obedece sin preguntar, sino la que se atreve a mirar la vida entera, con sus deseos y sus miedos, como parte de un mismo misterio.

En esa mezcla de dudas y de nuevas certezas, entre el taller y la librería, entre el altar doméstico y las calles del centro, Juan de Dios empezó a habitar, por fin, la vida posible.

CAPÍTULO 9

Guerra Fría Interna

La noticia había corrido por los pasillos como una corriente subterránea: algo estaba cambiando dentro del seminario, algo que no tenía nombre todavía pero que se sentía en la manera en que los seminaristas hablaban en grupos pequeños, en los silencios apresurados cuando un superior pasaba cerca. Juan de Dios lo percibió desde el primer día. El ambiente ya no era el recinto ordenado que había imaginado desde niño. Era otra cosa: un territorio dividido, una casa con muros que parecían tensarse hacia lados opuestos.

El rector, el padre Miranda, convocó a los alumnos en el auditorio para hablar de los "rumores". Trataba de mantener la voz firme, pero el temblor en sus manos revelaba la gravedad de la situación. Dijo que la unidad era esencial, que el seminario debía ser ejemplo de obediencia. Sin embargo, su discurso dejó claro que aquello que intentaba sofocar era más grande de lo que admitía.

Fue Esteban quien se lo explicó aquella misma tarde. Lo encontró sentado bajo un árbol del patio.

—Lo que llamó "rumores" —dijo Esteban— es en realidad un conflicto que lleva años gestándose. Solo que ahora empezó a hervir.

Juan de Dios se sentó junto a él.

—¿Qué clase de conflicto?

Esteban cerró el libro con suavidad.

—El seminario está dividido. Conservadores y reformistas. Los primeros quieren que todo siga igual: obediencia absoluta, hermetismo doctrinal, silencio sobre el celibato. Los segundos… quieren hablar. Solo hablar. Preguntar. Cuestionar.

Juan de Dios sintió un estremecimiento.

—¿Y tú? ¿De qué lado estás?

Esteban lo miró con una sonrisa leve.

—Del lado de lo que se puede pensar sin miedo.

Los días siguientes confirmaron las palabras de Esteban. El seminario se convirtió en un tablero dividido donde cada grupo vigilaba los movimientos del otro. Los conservadores hablaban con fervor del deber,

del sacrificio, de la tradición que no debía mancharse con dudas modernas.

Entre los reformistas había un ambiente de discusión constante que a Juan de Dios le resultaba fascinante. Hablaban del celibato con una franqueza que jamás hubiera imaginado, analizaban su origen histórico, su sentido espiritual, su desgaste humano.

Gabriel, sin embargo, no pertenecía a ninguno de los dos bandos. Era un joven sereno, de mirada profunda y voz suave, cuya espiritualidad no tenía el tono rígido de los conservadores ni la efervescencia intelectual de los reformistas. Juan de Dios lo conoció mejor en la capilla, cuando una tarde lo encontró llorando en silencio ante el sagrario.

—¿Estás bien? —preguntó.

Gabriel levantó la vista.

—A veces siento que todos hablan de Dios, pero pocos lo escuchan. Y me duele el ruido que hacemos aquí dentro.

Esa frase quedó resonando en Juan de Dios durante días. Esteban lo atraía por la claridad intelectual, por la valentía de nombrar verdades incómodas. Gabriel lo conmovía por una fe dulce, despojada de pretensión. Entre ambos, Juan de Dios sentía que su alma era estirada hacia dos direcciones distintas.

Con el paso de las semanas, la tensión se intensificó. Los conservadores comenzaron a vigilar los encuentros de los reformistas, acusándolos de sembrar discordia. Los reformistas respondían con sarcasmo. El rector, abrumado, empezó a imponer normas cada vez más estrictas: prohibición de reuniones no autorizadas, inspecciones sorpresa en los dormitorios. El seminario adquirió un ambiente casi militar.

Juan de Dios comenzó a sentir un peso en el pecho cada vez que despertaba. No sabía en qué grupo sería más útil, ni en cuál encontraba la verdad que buscaba.

—No dejes que te usen —le dijo Gabriel una tarde—. Ni ellos ni los otros. Cada uno quiere que seas prueba de sus ideas.

—¿Pero por qué yo?

Gabriel suspiró.

—Porque eres transparente. Y la transparencia siempre atrae a quienes quieren convencer.

Pero Esteban también tenía su propia explicación.

—Los conservadores ya te ven como una presa fácil —le dijo una noche —. Y los reformistas ven en ti un corazón abierto. Alguien que, si despierta, podría cambiar muchas cosas aquí dentro.

Juan de Dios sintió un vértigo inesperado.

—No quiero ser un símbolo.

—Nadie quiere. Pero a veces no nos preguntan.

La tensión llegó a su punto máximo una tarde de lluvia, cuando un grupo de conservadores irrumpió en la sala donde Esteban y otros reformistas discutían sobre el celibato. Hubo gritos, empujones, acusaciones.

—¡Esto es herejía! —gritó uno—. ¡No vamos a permitir que manchen lo que nuestros padres defendieron con su vida!

Esteban, pálido pero firme, respondió con calma.

—No estamos manchando nada. Solo estamos hablando. Y si la verdad es tan frágil que no soporta preguntas, entonces tenemos un problema más grande del que imaginas.

Juan de Dios, que había llegado unos minutos después, se quedó paralizado en la puerta. Ver a sus compañeros enfrentados así lo estremeció. El rector llegó e intentó restablecer el orden. Ordenó suspender las reuniones, prohibió las discusiones públicas, exigió obediencia inmediata. Pero ya era tarde.

Esa noche, en su dormitorio, Juan de Dios sintió por primera vez que la Iglesia podía ser un campo de batalla. No entre el bien y el mal, sino entre visiones distintas de lo que significaba ser humano.

Miró el crucifijo sobre la pared. Por primera vez comprendió que ese Cristo colgado no ofrecía respuestas claras. Solo estaba allí, suspendido entre el cielo y la tierra, como él mismo.

La lluvia seguía golpeando los cristales. Juan de Dios se puso de pie y caminó hasta la ventana. El patio estaba vacío. Se preguntó cómo era posible que un lugar dedicado a Dios pudiera albergar tanta división.

A la mañana siguiente, la tensión se hizo más evidente. Durante el desayuno, los seminaristas se distribuían en mesas que ya no eran casuales. Los conservadores juntos, murmurando. Los reformistas también agrupados, algunos heridos, otros desafiantes. Y había un tercer grupo que prefería ocultarse, evitando tomar partido.

Juan de Dios se sintió observado al entrar al comedor. Se sirvió el desayuno y buscó una mesa solitaria. Apenas se sentó, Gabriel se acercó.

—No puedes esconderte, Juan. Te están jalando de dos lados.

—No quiero ser parte de su guerra.

—Nadie quiere ser parte de ninguna guerra. Pero aquí todos creen que luchar es la única forma de servir a Dios.

Antes de que pudieran continuar, Esteban apareció y puso una mano en su hombro.

—Te necesitamos esta tarde. El rector convocó una reunión con supervisores externos. Quieren silenciar todo lo que está pasando.

Gabriel frunció el ceño.

—No lo lleves por tus caminos. Juan no es una bandera.

Esteban inclinó la cabeza.

—¿Y tú sí tienes derecho a hablarle de Dios como si solo tú supieras escucharlo?

La mirada entre ambos fue un duelo silencioso.

Juan de Dios se levantó bruscamente.

—Basta. No voy a ser un premio que se disputan.

Salió del comedor sin volver la vista atrás.

El resto del día fue una batalla consigo mismo. Cuando llegó la tarde y con ella la reunión anunciada, Juan de Dios tuvo la sensación de dirigirse hacia un juicio. El rector estaba acompañado por dos sacerdotes enviados desde la diócesis. Uno habló con voz suave pero cortante sobre la Iglesia como institución milenaria. El otro recordó que el voto de obediencia era un pilar irrenunciable.

Esteban se levantó a hablar. Su voz era clara, sin temblor. Habló de la necesidad de discernimiento, de que el celibato debía ser una elección espiritual.

—No pedimos romper la institución. Pedimos poder respirar dentro de ella.

El sacerdote de la voz dura se puso de pie.

—La obediencia no se negocia. El que cuestiona sin haber servido primero, destruye sin entender.

Esteban lo miró sin bajar la cabeza.

—Si la obediencia exige no pensar, entonces no es virtud. Es miedo.

Un silencio eléctrico recorrió la sala. Cuando la reunión terminó, los grupos se dispersaron. Juan de Dios caminó hacia el patio sin hablar con nadie.

Gabriel lo alcanzó primero.

—Estás temblando.

—No sé qué pensar. No sé quién tiene razón.

—No debes elegir entre personas. Debes elegir entre voces. La que nace de tu miedo y la que nace de tu verdad.

Antes de que pudiera responder, Esteban apareció.

—Juan, necesito hablar contigo.

Gabriel dio un paso atrás.

—Ve. Pero no dejes que te conviertan en su prueba.

Esteban lo llevó a la biblioteca vacía.

—No queda tiempo. Van a imponer sanciones. Quieren expulsar a dos compañeros por cuestionar el celibato.

—¿Expulsarlos? ¿Por hablar?

—Por pensar. Y tú eres importante. Eres el puente.

Juan de Dios bajó la mirada.

—Yo no soy nada de eso. Apenas entiendo lo que siento.

—Precisamente por eso. No estás contaminado por el fanatismo. Puedes ver con claridad.

Esa noche, Juan de Dios regresó a su dormitorio con la sensación de cargar un peso que no sabía sostener. Gabriel lo esperaba en el pasillo.

—Si necesitas quedarte en la capilla, te acompaño.

—No quiero arrastrarte a esto.

—No me arrastras. Estoy contigo.

Esa afirmación simple lo dejó sin palabras.

Entró a su cuarto y cerró la puerta. Se sentó en la cama. Respiró hondo.

—¿Quién soy aquí? —murmuró—. ¿Qué esperan que sea?

No obtuvo respuesta.

Esa noche entendió algo que marcaría el resto de su vida: que la Iglesia no era un refugio uniforme y cálido, sino un campo de tensión donde cada alma debía luchar por no ser devorada. Y él estaba en medio, sin saber aún que aquella guerra interna sería apenas el preludio del conflicto que estaba por venir.

CAPÍTULO 10

La Caída del Padre Esteban

La noticia de la caída del padre Esteban no llegó como un trueno repentino, sino como un murmullo persistente que primero se deslizó por debajo de las puertas, luego entre los pupitres, después por los pasillos del seminario, hasta convertirse en una sombra inevitable. Juan de Dios lo sintió antes de escucharlo, como quien presiente un temblor en el aire. Había algo distinto en la manera en que los seminaristas caminaban, una mezcla de incredulidad, miedo y excitación reprimida.

El padre Esteban había sido citado por el rector y por dos visitadores enviados desde la diócesis. La reunión había durado horas. Nadie sabía con exactitud qué se había dicho, pero los rumores empezaron a circular. Se habló de acusaciones, de escritos considerados peligrosos, de testimonios anónimos que aseguraban que Esteban había sembrado dudas entre los alumnos más jóvenes.

A medida que los rumores se alimentaban, Juan de Dios sintió cómo su propia angustia crecía. No era solo el temor de perder a alguien que lo había guiado, sino el miedo a que la institución fuera capaz de destruir a quienes intentaban pensar diferente. Esa tensión se volvió insoportable cuando supo que Esteban había sido apartado temporalmente de sus funciones.

Gabriel fue quien primero se acercó a Juan de Dios. Lo encontró en el claustro, mirando sin ver el jardín interior.

—No deberías cargar esto solo.

Juan de Dios lo miró, los ojos turbios.

—No entiendo cómo puede pasar algo así. Él no ha hecho nada malo.

Gabriel respiró hondo.

—Ha hecho lo que muchos temen: pensar. Y hacer pensar a otros.

—¿Eso es un delito aquí?

—Para algunos, sí. Para quienes creen que la fe se sostiene solo con silencio.

Esa tarde, cuando los alumnos recibieron la notificación oficial, la palabra usada fue "disciplina". El padre Esteban quedaba suspendido de su cátedra «hasta nueva valoración», por «conductas inapropiadas para la formación espiritual de los jóvenes». No hubo detalles, no hubo aclaraciones. Solo aquella frase fría.

Los conservadores interpretaron la noticia como una victoria silenciosa. Los reformistas, por su parte, estaban furiosos. Hablaron de injusticia, de persecución interna. Algunos proponían escribir una carta colectiva al obispo; otros, organizar una reunión clandestina. Pero todos coincidían: la caída de Esteban no era solo la caída de un profesor. Era un mensaje.

Juan de Dios no se unió a ninguno de esos grupos. Caminaba por los corredores como si buscara un lugar donde la institución no pudiera llegar. Tenía la sensación de que la suspensión de Esteban era también una advertencia para él.

Esa noche decidió buscar a Esteban. Lo encontró en la pequeña habitación que le habían asignado. Estaba sentado junto a la ventana, con un libro abierto que no parecía estar leyendo.

—Padre, ¿puedo entrar?

Esteban levantó la vista. Su mirada estaba cansada, pero conservaba esa chispa que siempre había caracterizado su pensamiento.

—Pasa, Juan.

Juan de Dios cerró la puerta. Había un silencio extraño en la habitación, un silencio casi contemplativo.

—Padre, yo… quería saber cómo está.

Esteban soltó un suspiro.

—Estoy aprendiendo a aceptar lo que no puedo cambiar.

—Pero es injusto.

—La injusticia es vieja en esta casa. Este lugar se sostiene sobre ella más de lo que queremos admitir.

—¿Y por qué no se defiende?

—¿Para qué? Ellos no buscan la verdad. Solo quieren mantener el orden.

—Pero usted no hizo nada malo.

Esteban sonrió con tristeza.

—Hice lo que muchos antes que yo han hecho: hablar de lo que no quieren que se hable.

Hubo un silencio. Juan de Dios apretó los puños.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—No lo sé. Quizá me envíen lejos. A una parroquia pequeña. A un lugar donde mis palabras no importen. O quizá me retiren del ministerio.

—No pueden hacer eso.

—Pueden. Y lo harán si lo consideran necesario.

Juan de Dios sintió un peso en el pecho.

—No quiero que usted desaparezca.

Esteban lo miró con una ternura inesperada.

—No voy a desaparecer, Juan. Lo que enseñé seguirá aquí —le dijo, señalando su pecho—. Y aquí —añadió, señalando su cabeza.

—¿Es mi culpa? —preguntó con voz temblorosa—. Porque todos me miran. Porque me buscan.

Esteban negó con la cabeza.

—Yo no quiero que elijas por mí. Ni por ellos. Quiero que elijas por ti. Y que tengas el valor de sostenerlo, aunque el mundo se enoje.

—¿Y si elijo mal?

Esteban sonrió.

—Elegir mal es parte del camino. Lo terrible es no elegir nunca.

Hubo un silencio largo.

—Juan —dijo por fin Esteban—. No te conviertas en un reflejo de lo que otros desean. Tienes una luz propia. No permitas que la apaguen.

Al levantarse para irse, Esteban lo detuvo.

—Pase lo que pase, recuerda esto: la fe y la libertad no son enemigas. Solo los que tiemblan ante la duda quieren enfrentarlas.

Juan asintió, con el corazón latiéndole en el pecho.

Los días siguientes estuvieron marcados por un silencio extraño. A Esteban se le prohibió dar clases y se le retiró el acceso a la biblioteca. En los pasillos, algunos seminaristas evitaban mirarlo; otros lo saludaban con respeto, pero rápidamente apartaban la vista.

El rector mantenía reuniones constantes con los visitadores. Su rostro mostraba las huellas del desgaste: los labios apretados, las ojeras profundas, la mirada huidiza.

Una tarde, mientras Juan de Dios atravesaba el claustro, oyó voces elevadas provenientes del despacho del rector. Alcanzó a distinguir fragmentos de frases.

—…no podemos permitir que se repita…

—…la diócesis está preocupada…

—…el caso anterior terminó en renuncia…

Aquellas palabras se quedaron en su mente. ¿A qué "caso anterior" se referían? ¿Cuántos Esteban había habido antes?

Esa noche, Gabriel fue a su cuarto.

—Tengo miedo —dijo, sin rodeos.

—¿Por qué?

—Porque no sé hasta dónde llegará esto. Y porque creo que nos están observando a todos.

Juan guardó silencio.

—Hoy escuché algo —dijo al fin—. Algo sobre un caso anterior. Algo que terminó en renuncia.

Gabriel cerró los ojos con un gesto doloroso.

—Hace unos años, un profesor muy querido habló abiertamente sobre la importancia de revisar la disciplina del seminario. Los superiores lo silenciaron. Poco después renunció. Nadie supo qué pasó con él.

Juan sintió un frío en la espalda.

—¿Crees que harán lo mismo con Esteban?

—Creo que ya lo están haciendo.

—No puedo permitir que lo destruyan.

—No es tu lucha, Juan. Y si te metes demasiado, terminarán haciéndote lo mismo.

—No puedo quedarme viendo.

Gabriel lo miró con ternura.

—No quiero perderte —dijo, y la frase quedó suspendida en el aire.

Juan sintió un estremecimiento.

—No me vas a perder. Pero tampoco voy a permitir que me usen para callar a quien intenta abrirnos los ojos.

Los días siguientes estuvieron marcados por un clima cada vez más opresivo. Los superiores enviaron nuevas normas: vigilancia en los pasillos, controles inesperados, prohibición de reuniones fuera de horarios oficiales.

Mientras tanto, Esteban permanecía aislado. Sus clases fueron asumidas por el padre León, un hombre de voz severa. Hablaba de disciplina, de fidelidad a la tradición, de la "peligrosidad" de las ideas modernas. Nunca

mencionaba a Esteban por su nombre, pero cada palabra era un ataque silencioso.

Una tarde, el padre León dijo algo que heló la sangre de Juan.

—El mayor enemigo de la Iglesia no es el pecado. Es el pensamiento rebelde que pretende vestir de luz lo que no es más que soberbia.

Juan sintió que la garganta se le cerraba.

Esa noche, sin poder soportarlo más, decidió visitar a Esteban de nuevo. Cuando llegó, encontró la puerta entreabierta.

—¿Padre?

No hubo respuesta. Empujó la puerta y lo vio sentado en la misma posición, pero había algo distinto: un cansancio más profundo.

—No deberías estar aquí —dijo Esteban sin volverse.

Juan avanzó.

—Quiero ayudarlo.

Esteban soltó una risa amarga.

—No puedes. Esto ya está decidido.

—¿Qué quiere decir?

Esteban finalmente lo miró.

—Hoy me notificaron que me trasladarán. A un pueblo en la sierra. No podré enseñar. No podré escribir. Solo tendré una pequeña parroquia. Es una forma elegante de decirme que desaparezca.

Juan sintió un golpe en el pecho.

—No pueden hacerle eso.

—Pueden. Y lo harán.

Hubo un silencio largo.

—Padre, no quiero que se vaya.

Esteban lo observó con tristeza.

—Juan… no permitas que mi destino determine el tuyo.

—Pero usted es… fue… la voz que me ayudó a entender quién soy.

Esteban negó con la cabeza.

—Yo solo encendí una chispa. La luz la tienes tú. ¿No lo ves?

Juan bajó la mirada.

—Tengo miedo.

—Todos lo tenemos. La diferencia está en si dejamos que nos gobierne.

—¿Qué debo hacer?

Esteban cerró los ojos.

—Lo que ellos nunca esperan: pensar por ti mismo.

Cuando Juan salió al corredor, sintió algo que no había sentido antes: rabia. Una rabia firme, templada. No era rabia contra la Iglesia, ni contra la fe. Era rabia contra quienes convertían la fe en un mecanismo de control.

Esa noche, Juan no durmió.

Y cuando amaneció, entendió que la caída del padre Esteban era mucho más que un castigo interno. Era una advertencia para todos los que se atrevían a abrir los ojos.

Pero también, para él, significaba el inicio de un camino del que ya no podría volverse atrás.

CAPÍTULO 11

Vocación o Libertad

La partida del padre Esteban dejó un vacío que el seminario intentó llenar con silencio. Pero el silencio, lejos de apaciguar, se convirtió en un rumor interno que resonaba en los muros, en los pasos contenidos de los seminaristas, en la vigilancia obsesiva de los superiores. La presencia del nuevo profesor encargado de su cátedra, el padre León, intensificó aún más la sensación de cerco. León hablaba con un tono severo, insistiendo en la obediencia absoluta como fundamento de la vida sacerdotal. Cada clase era una admonición velada, una advertencia casi personal contra quienes pretendieran desviarse del "camino correcto".

Juan de Dios asistía a esas sesiones con un conflicto que crecía en la profundidad de su conciencia. Antes veía la vocación como una claridad, una luz que lo guiaba desde niño. Ahora esa luz se había vuelto un resplandor incierto, como si la lámpara que lo iluminaba empezara a parpadear. La caída de Esteban lo había sacudido, pero era el efecto en él lo que más lo inquietaba: por primera vez comenzaba a preguntarse si su entrada al seminario había sido un acto de obediencia, de amor a Dios o simplemente de miedo.

Los días se volvieron mecánicos. Despertaba, asistía a las oraciones matutinas, iba a clases donde el padre León repetía sus admoniciones, comía en un comedor donde las conversaciones se habían vuelto cautelosas, y se acostaba con la sensación de estar viviendo una vida que no le pertenecía del todo. Algunos compañeros lo evitaban, como si la duda fuera contagiosa. Otros lo miraban con una compasión que le resultaba más dolorosa que el rechazo.

Una mañana, mientras se preparaba para la clase de filosofía, encontró a Gabriel sentado en una banca del claustro. Tenía el semblante pálido, como si hubiera pasado la noche sin dormir.

—¿Estás bien? —preguntó Juan.

Gabriel levantó la vista lentamente.

—Me siento… desorientado —confesó—. Siento que todo lo que creía estable se está resquebrajando.

Juan se sentó a su lado. Había algo en la vulnerabilidad de Gabriel que lo conmovía profundamente.

—¿Por lo de Esteban?

Gabriel asintió.

—No solo eso. Es como si ya no supiera qué significa ser sacerdote.

Juan sintió un estremecimiento. Aquello era precisamente lo que había intentado no pensar.

—Siempre pensé que la vocación era algo claro —continuó Gabriel—. Una voz interior. Una certeza. Pero ahora… ahora no sé si era fe o una necesidad de sentirme útil. Y me duele reconocerlo.

Juan bajó la mirada.

—A mí también me pasa —murmuró.

Gabriel lo observó con asombro.

—¿A ti?

Juan respiró hondo.

—Sí. Y pensé que era el único.

La confesión creó entre ellos un lazo silencioso. Era la primera vez que se permitían decir aquello que ambos habían temido: que la vocación, lejos de ser un sendero claro, podía ser una jaula construida con amor y culpa.

El sonido de la campana interrumpió la conversación. Ambos se levantaron en silencio y caminaron hacia el aula, pero Juan sintió que algo se había liberado dentro de él. Sin embargo, esa liberación no trajo alivio, sino una pregunta más pesada: ¿qué significaba seguir adelante cuando el corazón empezaba a dudar?

La clase con el padre León fue más opresiva de lo habitual. Habló de la disciplina, de la renuncia absoluta, de la necesidad de cortar cualquier vínculo que pudiera distraer al seminarista de su propósito. Luego dirigió la mirada hacia Juan, como si lo hubiera elegido como ejemplo.

—Hay quienes creen que la vocación puede convivir con los anhelos personales —dijo, sin apartar los ojos de él—. Ese es un error que lleva a la tibieza y, finalmente, al abandono.

Juan sintió la sangre hervirle. Aquello era un ataque, y no uno sutil.

—La verdadera vocación —continuó León— exige sacrificio total. El que duda ya se ha alejado de Dios.

La frase cayó como una sentencia. Juan bajó la cabeza, no por obediencia, sino para ocultar la mezcla de rabia y miedo que lo invadía. ¿Estaba alejándose de Dios al dudar? ¿O era la duda el inicio de una fe más honesta?

Al salir de clase, algunos compañeros lo observaban con una mezcla de compasión y desconfianza. Gabriel se acercó y tocó su brazo.

—No te dejes destruir —le dijo en voz baja.

Juan asintió, pero no dijo nada. Una fuerza extraña lo empujaba hacia dentro de sí mismo, obligándolo a examinar aquello que siempre había aceptado sin cuestionarlo.

Esa tarde decidió visitar la capilla en busca de respuestas, pero encontró algo peor que el silencio: encontró su propia voz desconfiando. Se arrodilló ante el sagrario, pero no logró juntar las manos. Las palabras que siempre habían brotado con facilidad ahora se resistían a salir. No sabía si eso era pérdida de fe o el inicio de una sinceridad profunda.

—¿Dios? —susurró—. ¿Estás ahí… o solo estoy hablando conmigo mismo?

La pregunta lo golpeó como un pecado. Se levantó abruptamente y salió de la capilla. No podía rezar. No podía fingir.

Caminó por los jardines del seminario tratando de serenarse. Observó a otros seminaristas que conversaban tranquilos, algunos leyendo en bancas solitarias, otros jugando fútbol en una cancha improvisada. Se preguntó cómo podían estar tan en paz, si es que realmente lo estaban o si también fingían, cada uno ocultando sus propias grietas.

Esa noche no cenó. Caminó por los pasillos del seminario como un fantasma, escuchando sus propios pasos resonar en las baldosas. Cada rincón le recordaba algo: la ilusión de su madre, la esperanza de su padre, la admiración por Esteban, la cercanía con Gabriel. Todo se mezclaba en un torbellino que no sabía cómo ordenar.

Al llegar al dormitorio, encontró una carta en su cama. La letra era de Esteban.

«Juan: No busques respuestas donde solo hay miedo. La vocación no es una cárcel ni una huida. Es una elección. Y toda elección implica libertad. Si no te sientes libre, no es vocación. —E.»

Las manos le temblaron. Aquella breve nota era una guía y una herida. Se sentó, respirando hondo, tratando de absorber cada palabra. La leyó tres veces, como si quisiera grabarla en la memoria. Luego la guardó entre las páginas de su Biblia, el único lugar donde sabía que nadie la encontraría.

Al día siguiente, durante el desayuno, los superiores hicieron un anuncio inesperado: habría una reunión obligatoria en la tarde. El rector, con gesto tenso, explicó que se tratarían asuntos disciplinarios relacionados con "conductas inestables" entre algunos seminaristas.

Juan sintió el corazón encogerse.

Esa tarde, el salón estaba cargado de un aire hostil. Los visitadores diocesanos estaban presentes, observando todo con detenimiento. El rector habló con voz solemne.

—Hemos detectado dudas graves —dijo—. Dudas que amenazan la estabilidad espiritual del seminario. Recordamos que la vocación es un llamado divino que no admite confusiones.

Juan sintió cómo todas las miradas convergían en él.

—Cuando un seminarista no tiene claridad —continuó el rector—, debe ser acompañado. Y, si es necesario, apartado temporalmente.

Gabriel bajó la cabeza. Juan se quedó inmóvil.

El rector lo nombró.

—Juan de Dios Sánchez Beistegui.

El silencio se volvió absoluto.

—Queremos saber si sigues firme en tu vocación.

La pregunta no era genuina. Era una trampa. Un modo de exponerlo.

Juan tragó saliva.

—Padre… estoy buscando claridad.

El rector asintió con una severidad fría.

—La claridad se encuentra en la obediencia. ¿Estás dispuesto a obedecer sin cuestionar?

Juan sintió una punzada en el pecho. Nunca había esperado una pregunta así. Obedecer sin cuestionar. ¿Era eso lo que exigían? ¿Eso era la vocación?

—No lo sé —respondió con sinceridad.

Hubo un murmullo, casi un siseo colectivo. El rector lo miró como si acabara de confesarse culpable de un crimen.

—Entonces estás en peligro. Y pones en peligro a otros.

Gabriel levantó la cabeza de golpe.

—Eso no es justo —dijo, con voz firme.

—Silencio —ordenó el rector, pero Gabriel no obedeció.

—No pueden obligarlo a decir algo que no siente.

El rector enrojeció.

—Basta. Ambos necesitan acompañamiento intensivo. Y discernimiento supervisado.

Juan sintió una mezcla de humillación y alivio. Humillación por ser expuesto. Alivio por haber dicho la verdad.

Cuando la reunión terminó, algunos seminaristas conservadores lo miraron con desprecio. Uno murmuró al pasar: "Así empiezan todos los que se van". Juan no respondió. No tenía fuerzas para defenderse.

Esa noche Gabriel fue a verlo.

—Perdóname —dijo—. No debía haber hablado.

—No —respondió Juan—. Gracias.

Hubo un silencio tenso.

—Juan… —dijo Gabriel, con un hilo de voz—. ¿Sigues queriendo ser sacerdote?

La pregunta quedó suspendida como una herida abierta.

Juan respiró lentamente.

—Quiero servir a Dios. Pero no sé si este es el camino.

Gabriel cerró los ojos.

—Yo tampoco.

Las palabras pesaron como un destino.

En ese instante, Juan comprendió lo que nunca había querido aceptar: que la vocación no era una respuesta, sino una pregunta. Y que la libertad no era un premio, sino un riesgo.

La noche avanzó. Juan se recostó, mirando el techo, entendiendo por fin que el dilema no era elegir entre Dios y el mundo, sino entre una fe que lo necesitaba obediente y otra que lo quería libre.

Y en ese abismo, por primera vez, no sintió miedo.

Sintió nacimiento.

CAPÍTULO 12

La Elección y el Dolor

Juan de Dios despertó antes de que la campana anunciara el inicio del día, con la sensación de que algo en su interior había cruzado un punto sin retorno. Era una madrugada fría, silenciosa, en la que incluso el viento parecía contener la respiración. Permaneció unos instantes mirando el techo del dormitorio, registrando el peso de aquel despertar distinto. No sabía aún qué iba a decidir, pero sabía que la decisión ya no podía aplazarse. Había llegado el momento de enfrentar su verdad, esa que había intentado postergar tras la obediencia, el miedo y la costumbre.

Se puso de pie despacio, como si cada movimiento exigiera una delicadeza especial. El dormitorio compartido estaba sumido en sombras; algunos compañeros dormían profundamente, ajenos al torbellino que dentro de él se agitaba. Juan se vistió sin ruido, como quien se prepara para un acto solemne. Cada prenda que se acomodaba sobre el cuerpo le recordaba la estructura rígida del seminario, ese molde que había intentado ocupar sin preguntarse por qué.

Cuando salió al pasillo, la tenue luz de las lámparas nocturnas le mostró un corredor vacío, custodiado por los ecos de tantas generaciones que habían sido moldeadas para encajar sin preguntar. Caminó hacia el claustro, donde el aire frío del amanecer lo recibió con una claridad casi

dolorosa. El cielo apenas comenzaba a aclarar, un tono azul pálido que anunciaba un día incierto.

No se sorprendió cuando vio a Gabriel sentado en una de las bancas del patio interior, abrazado a sí mismo, como si llevara horas allí. Su expresión era la de alguien que había velado toda la noche esperando un resultado que ya temía conocer. Juan se acercó despacio y tomó asiento junto a él.

—No pude dormir —dijo Gabriel, sin mirarlo.

Juan asintió.

—Yo tampoco.

Hubo un silencio que no era incómodo, sino densamente humano, como si ambos compartieran un sufrimiento que no necesitaba explicación.

—Hoy van a pedirte una respuesta —dijo Gabriel al fin—. Algo definitivo.

Juan bajó la mirada hacia sus manos.

—Lo sé.

—¿Y… estás listo?

Juan respiró hondo.

—No se trata de estar listo. Se trata de afrontar lo que ya es.

Gabriel cerró los ojos, como si aquellas palabras lo hirieran.

—Tengo miedo —confesó.

Juan volteó a verlo, sorprendido.

—¿De qué?

—De que decidas irte —respondió Gabriel con voz quebrada—. De que esto… todo esto… se rompa.

Juan sintió una punzada en el pecho. Quiso consolarlo, pero no tenía palabras suficientes para la verdad que él mismo no acababa de aceptar.

—Gabriel —dijo con suavidad—. Lo que decida… no te excluye. No te deja atrás.

Gabriel negó con la cabeza.

—Claro que me deja atrás. Porque si tú te vas… yo también voy a tener que preguntarme cosas que he evitado.

Juan guardó silencio. Aquello era más que una confesión: era una súplica, una herida abierta.

—No quiero que decidas por mí —dijo Gabriel—. Solo… no quiero perderte.

Juan apoyó una mano en su hombro.

—No me pierdes.

Pero mientras lo decía, sabía que las despedidas más dolorosas no eran las físicas, sino aquellas en las que dos personas tomaban caminos distintos en el interior de sí mismas.

La campana del rezo de laudes rompió el silencio del amanecer. Ambos se levantaron sin hablar y caminaron hacia la capilla. El ambiente era distinto a otros días: había en el aire una tensión casi sacramental, como si todos presentaran una batalla íntima que no se manifestaba en palabras. Las voces de los seminaristas eran más bajas, y muchos miraban a Juan de Dios de reojo, como si adivinaran en él la semilla de una decisión que podía fracturar aún más al grupo.

Durante el rezo, Juan sintió que las palabras de los salmos se desprendían de su significado habitual. Ya no eran refugio ni mandato, sino un eco lejano de algo que había creído sin cuestionar. Intentó rezar, pero la voz se le quebraba en un punto invisible. No era falta de fe: era el descubrimiento de que la fe verdadera, la que nace del interior, no podía seguir respirando bajo capas de imposición.

Al terminar, uno de los superiores se acercó y le indicó que el rector quería verlo de inmediato. Juan caminó hacia la oficina con paso firme, no porque estuviera seguro, sino porque sabía que la incertidumbre no podía detenerlo más.

El rector lo esperaba acompañado por dos visitadores enviados desde la diócesis. La expresión de los tres era severa, como si se dispusieran a juzgar no a un seminarista, sino a un réprobo.

—Juan de Dios —comenzó el rector—, has mostrado dudas reiteradas sobre tu vocación. Este es un asunto grave, no solo para ti, sino para la comunidad.

Juan escuchó sin bajar la mirada.

—Queremos saber —continuó uno de los visitadores— si estás dispuesto a reafirmar tu compromiso con el sacerdocio.

Juan sintió que el aire se hacía más pesado.

—No puedo reafirmar algo que no sé si es mío —respondió con honestidad.

Los tres hombres intercambiaron una mirada cargada de juicio.

—La vocación —dijo el rector— no admite confusión. Dios exige entrega total. Aquí no hay espacio para tibiezas.

Juan respiró hondo.

—Dios no exige claridad inmediata —respondió—. Solo verdad.

Aquellas palabras cayeron como un golpe inesperado. El rector frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que este seminario no busca la verdad?

Juan negó con la cabeza.

—No. Digo que mi verdad no puede ser forzada.

La tensión aumentó. El otro visitador intervino con tono autoritario.

—Si no puedes afirmar tu vocación con certeza, lo más sano es que te retires, para que no contagies tu confusión a otros.

Juan sintió un latigazo en el pecho. Aquella frase no hablaba de su proceso, sino del temor que él representaba.

—No quiero contagiar nada —dijo—. Solo quiero ser honesto.

El rector suspiró.

—Entonces acepta nuestra recomendación: toma un periodo fuera. Un retiro obligatorio. Lejos del seminario.

Juan sintió que el mundo se estrechaba.

—¿Cuánto tiempo?

—El necesario.

Juan comprendió lo que estaban haciendo: expulsarlo sin llamarlo expulsión.

Bajó la mirada. Durante un instante, el peso de la historia familiar, de las expectativas de su madre, del silencio amoroso de su padre, de las enseñanzas de Esteban y de la vulnerabilidad de Gabriel, se combinó dentro de él como una tormenta feral.

Cuando levantó la vista, su decisión ya estaba tomada.

—Me iré —dijo con voz serena—. No porque me lo pidan. Sino porque necesito escuchar lo que dentro de mí no han permitido escuchar.

El rector abrió los labios para responder, pero Juan ya estaba de pie.

Salió de la oficina sin esperar despedida.

El pasillo estaba vacío. Caminó hacia su dormitorio y encontró a Gabriel esperándolo, los ojos brillantes, el rostro desencajado.

—¿Qué pasó? —preguntó con un hilo de voz.

Juan lo miró con una mezcla de tristeza y determinación.

—Me voy.

Gabriel dio un paso atrás, como si aquellas palabras fueran un golpe físico.

—No… Juan… no.

Juan quiso acercarse, pero Gabriel retrocedió.

—Si te vas —dijo con voz quebrada—, ya no sabré quién soy.

Juan negó lentamente.

—Gabriel… tú tienes que encontrarte. Igual que yo.

—No quiero hacerlo solo.

—No estás solo.

Gabriel respiró entrecortado, mirando el piso.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Juan sintió que el dolor lo atravesaba como una herida limpia.

—Ahora escucho mi verdad —dijo—. Y tú escuchas la tuya.

Hubo un silencio que parecía contener el peso de todos los caminos que no se tomarían juntos.

Gabriel levantó la mirada.

—¿Volverás?

Juan no supo qué responder.

—No lo sé —admitió.

—Entonces… —Gabriel tragó saliva—. ¿Esto es una despedida?

Juan negó con suavidad.

—Es un comienzo.

Gabriel cerró los ojos, y una lágrima silenciosa recorrió su mejilla.

Juan sintió que algo dentro de él se desgarraba.

—Adiós, Gabriel —dijo con voz apenas audible.

Caminó hacia la puerta del dormitorio. Antes de salir, volvió la vista hacia atrás. Gabriel seguía allí, inmóvil, como una figura quebrada en medio de un templo abandonado.

Juan salió.

Atravesó los pasillos del seminario sin prisa, dejando que cada paso se hundiera en la memoria del lugar. Cuando cruzó la puerta principal, el aire frío de la mañana lo recibió con un golpe vivo. Era el mismo mundo de siempre, pero él ya no era el mismo.

Caminó sin voltear, sabiendo que el dolor que llevaba no era un castigo, sino la señal de que por fin había elegido desde su propio centro.

Elegir no lo había liberado del sufrimiento.

Pero lo había hecho libre.

EPÍLOGO
El Hombre que Decide

El camino que descendía desde el seminario hacia el valle se extendía ante Juan de Dios como una herida recién abierta. La madrugada aún no terminaba de romper, y la luz, tenue y azulada, apenas delineaba los contornos de los árboles. No llevaba prisa: cada paso que daba era una afirmación silenciosa de que ya no pertenecía a aquel recinto que lo había formado, confundido, protegido y herido. Caminaba con una lentitud reverente, como si necesitara que el mundo lo reconociera de nuevo antes de permitirse respirar a plenitud.

Cuando el seminario quedó lo suficientemente lejos, se detuvo. No se volvió para mirar atrás; no era necesario. Sabía que, si lo hacía, algo dentro de él podría quebrarse. Durante años había vivido creyendo que la vocación era un destino inevitable, una línea trazada antes de su nacimiento. Ahora entendía que una vocación nacida de la presión, del miedo o de la obediencia ciega no era más que una jaula tallada con fervor, un encierro dorado que solo parecía sagrado porque no dejaba ver el resto del mundo.

El cielo comenzaba a aclararse cuando divisó las primeras casas del pueblo. Eran construcciones sencillas, de techos inclinados y paredes encaladas, ajenas a cualquier solemnidad. Aquella normalidad lo conmovió: nadie ahí sabía su nombre, su historia, ni los tormentos que lo habían llevado a tomar la decisión más dolorosa de su vida. Para ellos sería solo un muchacho que caminaba con una mochila ligera y un silencio pesado. Esa libertad —existir sin un rol asignado— era tan nueva que casi lo asustaba.

Entró a la pequeña plaza, donde algunos comercios apenas comenzaban a abrir. El aire olía a pan recién hecho y a leña húmeda. Juan se acercó a una panadería iluminada por una lámpara cálida. Dentro, una mujer acomodaba con esmero los panes en charolas. Al verlo, sonrió con naturalidad.

—Buen día —dijo ella—. ¿Deseas algo?

La sencillez de la pregunta lo desarmó. En el seminario, cada frase tenía un peso, una intención, una vigilancia. Allí, en cambio, nadie esperaba que demostrara santidad ni claridad absoluta.

—Un café, por favor —respondió.

Se sentó en una mesa junto a la ventana. Cuando la mujer dejó la taza frente a él, agradeció en voz baja y bebió un sorbo. El calor del café le devolvió un cuerpo que sentía ajeno desde hacía semanas. Parecía un gesto insignificante, pero en él se cifraba una intimidad que no había tenido en mucho tiempo: la de estar consigo mismo sin sentir culpa.

Mientras bebía, pensó en su madre. Imaginó su rostro al recibir la noticia de su salida del seminario. La veía de rodillas frente al altar doméstico, preguntándose en qué había fallado, a quién culpar, si a él, al rector, o a una voluntad divina que no comprendía. Sentía el dolor de saberla herida, pero ya no sentía culpa. Por años había confundido el amor con la necesidad de cumplir sus sueños ajenos. Ahora comprendía que la tristeza de su madre no nacía de su partida, sino de la pérdida de un ideal que ella había cultivado con devoción.

Pensó luego en su padre. Podía verlo limpiándose las manos en un trapo, con la mirada serena y humilde de quien ha aprendido a aceptar la vida tal como se presenta. Su padre no lo había empujado hacia el sacerdocio; lo había acompañado con un silencio lleno de respeto. Sabía que él

entendería. Que, aunque la decisión lo sorprendiera, no la juzgaría. Quizá incluso sentiría alivio: el alivio de ver que su hijo se atrevía a elegir.

Esteban también apareció en sus pensamientos. Su voz firme, su mirada encendida por una fe que no temía la duda. El precio que había pagado por su honestidad lo atravesó como un relámpago. Juan sabía que él también había sido una pieza en la caída del maestro: no por acción, sino por ser el espejo donde Esteban reflejó la posibilidad de una Iglesia distinta. La imagen de su destierro, de su soledad forzada, lo llenó de un dolor impotente. Pero también de una gratitud profunda: Esteban le había enseñado que la verdad no se defiende con gritos ni con obediencia, sino con fidelidad a uno mismo.

Y entonces, como un temblor, surgió Gabriel. Su rostro, sus ojos vulnerables, su voz que parecía siempre al borde del temblor. Juan recordó la última vez que lo vio: el gesto de derrota, la súplica torpe, el miedo a quedarse solo. Había querido abrazarlo, protegerlo, decirle que nada los separaría, que encontrarían un modo de permanecer unidos. Pero habría sido una mentira. La cercanía con Gabriel era un mundo aparte, luminoso y peligroso. Era un vínculo que no podía sostener sin traicionarse, ni ignorar sin desgarrarse. Lo llevaría siempre consigo, como se lleva una cicatriz que en lugar de doler enseña.

Terminó el café. Se levantó y salió de la panadería. El sol ya iluminaba la plaza con un brillo suave, dorado. Observó a la gente del pueblo: un niño jugando con una pelota, un anciano barriendo la entrada de su casa, una mujer regateando el precio de unas frutas. Ninguno de ellos sabía que Juan de Dios acababa de romper un destino. Ninguno esperaba nada de él. Y en esa ausencia de expectativa encontró una paz inédita.

Caminó hacia la periferia del pueblo y tomó un sendero que ascendía hacia las lomas. A cada paso, el mundo se hacía más vasto, más silencioso, más propio. El aire fresco traía consigo un olor a pasto húmedo y a tierra viva. La luz se filtraba entre las ramas creando sombras que se movían como si celebraran su andar.

En un claro del camino se detuvo. Desde allí pudo ver el pueblo, pequeño y tranquilo, y más allá, en la distancia, las torres del seminario que apenas se distinguían como un recuerdo sólido. Era posible que su madre nunca comprendiera. Que Gabriel nunca lo perdonara. Que Esteban siguiera exiliado de su vocación. Que él mismo tardara años en encontrar un nuevo sentido.

Pero eso ya no lo detenía.

Se dio cuenta de que la libertad no era un triunfo limpio ni glorioso. No era un amanecer sin sombras. Era una herida abierta que uno decidía cargar sin amargura. Era aceptar el dolor sin transformarlo en cadena. Era mirarse al espejo y no esconder la verdad debajo de una sotana.

Cerró los ojos y respiró profundamente. El viento lo golpeó con un frescor que lo estremeció. Sintió, por primera vez en mucho tiempo, que su alma tenía espacio para expandirse.

Comenzó a caminar de nuevo, sin rumbo fijo. El sendero se abría ante él como una página en blanco, dispuesto a recibir la historia que él quisiera escribir.

Quizá algún día volvería al seminario, quizá no. Quizá encontraría otra forma de servir a Dios, o quizá descubriría que su fe nacía mejor en el taller de su padre, en la palabra escrita, o en la vida sencilla de los que no buscan aplausos.

Lo único cierto era que, por fin, había elegido desde su verdad.

Y aunque le dolía, ese dolor era suyo.

Por eso, mientras avanzaba hacia el horizonte limpio de la mañana, entendió que acababa de convertirse, sin pedir permiso y sin esperar absolución, en el hombre que decide.

—FIN